

36
D 161
BIBLIOTECA REVOLUCIONARIA.

ABAJO

LAS

QUINTAS

POR

ANDRES SANCHEZ DEL REAL.

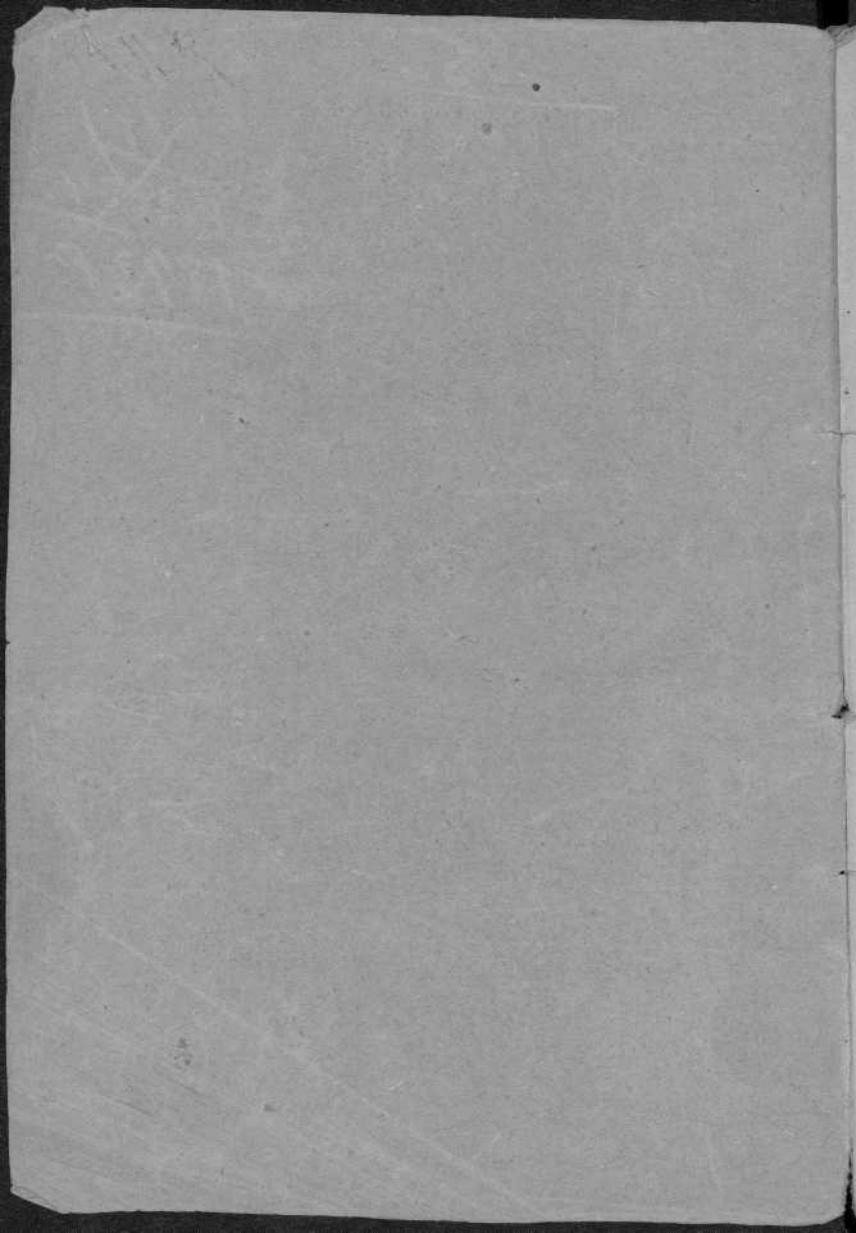


BARCELONA,
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE MANERO
Ronda del Norte, 128.

—
1869.

Folleto número 7.—2 reales.

6-57



18496-57

216

ABAJO LAS QUINTAS.



ABALO LAS QUINTAS

ABAJO
LAS
QUINTAS

POR

ANDRES SANCHEZ DEL REAL.



BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL DE MANERO
Ronda del Norte, 128.

1869.

ABALO

175

QUINTAS

175

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-RITUAL DE MANERO
Honduras y C. A. S. C.
BALCÓN A.

175

A LOS OBREROS CATALANES.

Muchas veces me ha sucedido que al penetrar en una fábrica he sentido la misma impresion que al penetrar en una iglesia. Los obreros con sus mandiles y con sus blusas me parecian tan sacerdotes, y no se tache de herética la comparacion, como los curas con sus sobrepellices y sus sotanas. No encontraba entre los dos mas que una diferencia. Oia el canto alegre de los unos, y oia el canto lúgubre de los otros; y no sé por qué secreto misterio del corazon, parecíame el uno la alegre voz del porvenir, llena de esperanzas, y el otro la siniestra voz del pasado, llena de terrores. Me acordaba de las tinieblas que se habian condensado en algunos santuarios; de las ideas que habian ido á morir á los piés de algunas aras; de las cadenas que se habian forjado para el pueblo

entre el humo de la mirra y del incienso al pié de algunos altares, y me decía: «Estas gentes son las gentes de la noche.» Me acordaba de las pláticas de los obreros, al pié de la máquina, sobre la libertad y sobre sus glorias; de las horas pasadas en suspirar por la revolucion y de las horas pasadas en prepararla; de sus nobles exaltaciones por el progreso, de su amor infinito por los ideales nuevos, de su heroismo en el combate y de su abnegacion en el triunfo, y me decía: «Estos son los hombres de la luz, los hombres de la fraternidad.» Al oír el ruido de los martillos, los chirridos de las máquinas, el cuchicheo de los trabajadores, he creído escuchar siempre una evocacion á la vida, un eterno Te-Deum á la naturaleza que pone la materia en la mano del hombre, y blanda y dúctil se trasforma y sirve para todos los usos y subviene á todas las necesidades; pero al escuchar el choque de los cálices, los ruidos místicos de oraciones pronunciadas en lenguas extranjeras, doblemente extranjeras, primero porque no las entiende el pueblo, y segundo porque no las habla ya el mundo, he creído oír un llamamiento á los muertos, á los manes de aquellos guerreros, de aquellos abades que se sentaban en

los escaños de las catedrales, para que vol-
viesen por un momento á la tierra á destruir
la obra bendita de la civilizacion y del pro-
greso. No me equivoco: no. Creo firmemente
que Dios ha cambiado de altar, como el
mundo ha cambiado de civilizacion; creo que
no está Dios allí donde se exhala el humo
del incensario, sino donde se exhala el humo
de la caldera; y creo que la blusa ahumada,
ennegrecida, manchada, pero plagada de es-
trellas sin embargo, es una especie de nueva
casulla con la que se viste el nuevo sacerdo-
cio del trabajo, y casulla con la que se pos-
tra el obrero á todas las horas ante Dios,
trabajando y luchando, instruyendo é instru-
yéndose, perfeccionando y perfeccionándose.

Yo que admiro vuestra laboriosidad, obre-
ros; yo que os creo llamados á representar
el papel primero en la futura historia de los
pueblos; yo que veo claramente que se está
operando en la conciencia de la humanidad
una luminosa revolucion, revolucion que
cuando se formule en hechos ha de ser para
vosotros, exclusivamente para vosotros, por-
que si para todas las clases ha sonado la ho-
ra de la emancipacion, es justo que llegue
tambien para vosotros la manumision de la
desgracia y el año del jubileo; yo que os he

oido hablar con los obreros libres de Ginebra y con los obreros de Alemania mejor que los filósofos, porque no os dormíais en sus sueños, y mejor que los políticos, porque no os parabais ante ridículos fantasmas, yo he pensado en vosotros al tratar de escribir este pequeño libro. Se trata de fulminar rayos contra una vieja iniquidad; de levantarse moralmente contra una secular opresion; de arrancar uno de los musgos venenosos que crecen al derredor de ese árbol de muerte que se llama monarquía. Se trata de vosotros mas que de nadie. Se trata de vosotros por vuestras madres de quienes os separan, por vuestros hermanillos á quienes sumen en la indigencia, por vuestras máquinas que se quedan mudas, por vuestros campos que se quedan yermos, por vuestros ocho años de vida que os arrebatan dedicándoos á matar hombres y á adquirir vicios, muchas veces á defender la injusticia contra los de afuera á nombre de un quijotesco honor nacional, que ya no es de este siglo; muchas mas á matar la libertad de la patria, á ser homicidas sangrientos de los derechos de vuestros hermanos, y á ser suicidas inocentes de los propios.

Por eso os dedico estas pobres páginas es-

critas con la indignacion que causa una injusticia consentida, y escritas con el calor que causa una vergüenza tolerada. Porque sobre vosotros, obreros, que no teneis mas que el jornal, y sobre tí, pueblo, que no tienes mas que el trabajo, es sobre quienes pesa, con todo su horrible peso, la quinta. El que tiene dinero, fácilmente se emancipa de la esclavitud del cuartel. El que no tiene, el que trabaja las doce horas del dia, el que está excluido de todos los goces sabrosísimos de la inteligencia, porque no tiene tiempo para cultivarla, ese es el esclavo de todas las esclavitudes de hoy. Ayer era libre; gozaba de todos los derechos de todos los hombres; iba y venia; nadie mandaba sobre mí, nadie tenia imperio sobre mí, nadie me obligaba á hacer lo que yo no queria. Era obrero y trabajaba. Llegué á esa edad en que parece que todos los rayos del sol caen sobre el corazon y le inundan de luz; á esa edad en que todas las ilusiones de la vida se anidan en el pensamiento, y parece como que camina uno con una corona de estrellas en la frente. Era feliz con la felicidad del trabajo que me daba para vivir, y con la felicidad de la libertad que me permitia hacer de mí mismo lo que se me antojaba. Un dia no sé

qué terrible ley cayó sobre mi cabeza. De un extremo á otro de la península se oía el llanto de las mujeres y de los viejos que no tenían mas amparo que sus hijos. Se trataba de jugar al azar ocho años, los mas floridos y los mas risueños de la vida; se trataba de echar á una lotería, de sacar un número; se trataba de consultar al dios Acaso sobre si se me habia de arrancar ó no de mi hogar, y lanzarme ó no en ese hogar comunista del cuartel que ha anidado á tantos y que tantos han maldecido. Salí soldado. Lo sufrí todo, desde la vara del cabo hasta el bárbaro rigor de la ordenanza. Viajé con el fusil al hombro, maté cuando me mandaron matar, viví en el ocio, frecuenté las cloacas mas inmundas de la crápula porque nada tenia que hacer cuando no habia hombres que matar en la guerra; y cuando, maestro en la vida, corroido por la enfermedad de la holganza, volví á mis viejos lares, los encontré desiertos, apagado el hogar, muerto el padre y la madre, desmoronados los muros, recogidos en cualquier parte los pequeñuelos, lleno el campo paterno de yerba, y mi alma llena de la maleza que dejaron crecer en ella ocho años de inacción y de podredumbre. Lloré por mí y por los desheredados como yo que

sufren la ley de la quinta. Esta es una ligera, pero lúgubre historia que pueden contar muchos campesinos, muchos obreros, muchos trabajadores, los mas de los desgraciados en fin.

Afortunadamente, obreros, este siglo, siglo de consolacion, viene á curar los mas acerbos de los dolores, las mas gangrenosas de las llagas. No peleó el siglo diez y seis por la libertad religiosa, ni el diez y siete por la libertad civil, ni el diez y ocho por la libertad política, para consentir el diez y nueve la asfixia permanente de una y otra generacion en el cuartel, la servidumbre del fusil á que está sujeta la generosa juventud de nuestros dias. No, de ningun modo. Hoy no se trata de matar á nadie, de hundir á nadie en la sombra pavorosa de lo infinito. No. Se trata de vivir y de dar la vida, de dar la luz y de recogerla. Se han cerrado los anales de la humanidad para aquellos héroes de otros tiempos que sabian avocar á un desfiladero ó á una llanura á centenares de hombres, y barrerlos hechos pavesas con la metralla de sus cañones, y pisarles los huesos con las herraduras de sus caballos. Los Alejandro y los Napoleones son imposibles ante la grandeza y la majestad del siglo. Hoy el

mas héroe es el mas trabajador, y el que mas miserias alivia y el que mas cadenas rompe, ese es el que mas conquista. El siglo que reconoce la inviolabilidad de la personalidad humana y el derecho á la vida, tiene que rechazar la guerra antigua, la guerra promovida por las ambiciones, por las usurpaciones, por los tratados de los reyes, de los gobiernos y aun de los pueblos. No dan las madres á luz entre dolores ni amamantan despues á sus pechos á sus hijos para entregarlos á la muerte por caprichos de reyes, por futilidades de diplomáticos, por quisquillas de naciones. La soberanía para hacer el mal es un absurdo; no existe ni en los pueblos. Los ejércitos de soldados van haciéndose cada vez mas intolerables, los cuarteles van haciéndose cada vez mas odiosos. El pasado ha hecho de los conventos cuarteles, y del monaquismo el militarismo. El porvenir hará, no lo dudeis, escuelas de los cuarteles y ciudadanos de los soldados. Y entonces, solo entonces, lucirán los dias venturosos. Cuando haya que defender la patria, el hogar, la propiedad, la familia, cada ciudadano se tornará soldado, y peleará, no por conquistar una cruz, sino por defender la santidad de lo suyo. Y entonces tambien se-

rán mas respetados los derechos del hombre, porque no se echará, como sucede hoy muchas veces, el peso de cualquier espada victoriosa en el platillo de la justicia inexorable.

No lo olvideis, obreros. Muchos soldados dan triste idea de una nacion; muchos fusiles revelan pocs arados. Una espada en lo alto es la negacion del siglo. Los pueblos que caminan hoy bajo su peso me parecen á los pueblos antiguos que marchaban agobiados bajo el peso del destino. El poder que empuña la espada, manifiesta por este solo hecho que no es justo, porque si lo fuera empezaria por depositarla á las plantas del pueblo y hacer trizas todos los signos de la fuerza, allí donde no deben valer mas que los signos de la justicia. Por eso como Francia es hoy tan pequeña necesita rodearse de un millon de soldados; la injusticia es siempre cobarde. Francia, cuando peleaba por la libertad de la patria y por la libertad del mundo, tenia un soldado en cada ciudadano y en cada ciudadano un héroe. Hoy que recela de los de afuera y de los de adentro, de los de afuera, porque falta á la política de su época, de los de adentro, porque falta á la política de la libertad, arruina su po-

blacion y su riqueza levantando inmenso número de soldados y sosteniéndolos. Nosotros debemos abominar esto. Debemos pedir para la patria la abolicion de la quinta que seria la abolicion de uno de los errores que mas lágrimas y mas dolores han costado en el mundo. Ya es hora de desinjetar de nuestro tiempo abusos de pasados dias. Ya es hora de decir al que no tiene, al menestral, al operario, al pobre: «No temas, no temas mas; trabaja con confianza, trabaja con entusiasmo porque no vendrá nadie á arrancarte de tu hogar; no odies la hora en que cumples tus veinte años, porque el Estado no vendrá á reclamarte; cumple tu destino en tu casa, junto á los tuyos, tranquilo, bendiciendo la vida y aprovechándola. ¡No lloreis mas, madres! ¡No tembleis mas, hijos! ¡los veinte años ya no son la edad en que habia que ir á comer el pan negro del soldado! ¡la quinta ha muerto para siempre! El progreso reclama para hoy el soldado voluntario en vez del soldado forzoso; para mañana la extincion absoluta del soldado. El mundo marcha, como ha dicho Pelletan. Realícese, pues, la ley del progreso, y que se guarde en la historia de lo pasado, lo que ya no puede estar en la legislacion de lo presente.»

las autoridades, de la inflexibilidad de la
 voluntad. El llanto de las mujeres, es un
 protesta por la que se ve á nublarse en el
 de la justicia eterna, porque la ley tiene
 se creaba para sostener intereses materiales
 y egoístas, se ve de ella y la impiedad por
 que hay que volver á las antiguas
 con tal que haya solidos y equitativos en las
 leyes del poder superior, que pueden servir

I.
 El primer domingo de abril.

El primer domingo de abril es todos los años un terrible día de luto para España. Se trata de cumplir la ley del servicio militar. En todas las poblaciones no se oye mas que el ruido de las bolas que van á decidir de la suerte de centenares de infelices. En las aldeas que es donde mejor se ve la desolacion que acompaña á este día, se ve á las madres con los párpados enrojecidos y á los jóvenes cabizbajos y pálidos. Las muchachas que aman á alguno de los que van á entrar en suerte, lloran amargamente. Se trata de la ausencia del hogar, de la marcha de un hijo que volverá, si vuelve, transformado, de los peligros que le esperan, del pan negro que comerá, de la vida disipada de las grandes poblaciones, del tratamiento que le da-

rán los superiores, de la inflexibilidad de la ordenanza. El llanto de las mujeres es una protesta perdida que va á anidarse en el seno de la Justicia eterna, porque la ley humana creada para sostener intereses bastardos y egoistas, se rie de ella y la importa poco que haya que hollar sagrados sentimientos, con tal que haya soldados apiñados en derredor del poder supremo, que pueden servir lo mismo para defender á la nacion, y ya veremos despues lo que hay de cierto en este punto, que para ahogar sus mas caras y sus mas legítimas aspiraciones.

Este domingo es una especie de jubileo del dolor. El Ayuntamiento se reune silencioso. Los jóvenes van entrando en la sala capitular, en aquella sala que guarda la memoria de todos los actos solemnes que han tenido lugar en la aldea. Los padres y los parientes del que entra en quinta suelen penetrar tambien, pero las madres no, porque las falta el ánimo para oír la sentencia de sus hijos. Se lee la ley de quintas y se nombra el primero cuya suerte ha de decidir el acaso. Sale el número, y luego otro y otro y otro. Se ven algunos ojos chispeantes de alegría, los menos siempre, y los mas nublados de densa tristeza. Cuando termina el acto la

mitad de la poblacion está herida de muerte. Ya se sabe quiénes son los elegidos por la desgracia. Tal campo se sabe que ya no tendrá mas que la mitad de cultivo, porque le arrancan la mitad de los brazos; tal otro se sabe que ya no tendrá ninguno, porque se los arrancan los dos únicos que tenia. Después los jóvenes soldados se reúnen, y para divertir la tremenda desolacion que llevan en el fondo del alma, recorren cantando la aldea y las aldeas inmediatas. Es una manera de dar la última despedida á las sencillas fiestas del pueblo. En todas partes los agasajan y los alientan. Ellos se sonrien y parecen alegres, pero en su oido resuenan incessantemente, como una perpetua llamada, las trompetas que les han de reunir en torno de la bandera tradicional del regimiento, y los tambores que les han de llamar todos los dias á la caida de la tarde á la lista, á la puerta del cuartel. Pasan unos dos ó tres dias de alegre algazara, y en todas partes los dejan hacer todas las locuras que quieren, como se da á los que van á morir todos los gustos, por mas extravagantes que sean.

En tanto el alcalde remite propios al gobernador, y el gobernador telegrafia al gobierno. Le dice que se ha hecho el sorteo

en medio del mayor órden, y es verdad porque las lágrimas no llegan nunca á los oídos de la autoridad. El viejo Dios-Estado, Saturno de la riqueza, de la juventud y de la prosperidad del país, se frota gozosamente las manos, se sonríe burlescamente y dice: Hoy viene á mis manos una nueva generación, en la flor de la vida como las otras; yo la interesaré para que defienda mis intereses y yo la privilegiaré para que defienda mis privilegios; teniendo sacerdotes para la paz y soldados para la guerra, ¿qué mas necesito si quiero ser tirano?»

hasta del pueblo. Ellos se acorran y que-
resan y los alientan. Ellos se acorran y que-
con ellos, pero en un oído resaca ideas
entonces, como una palabra llamada; las
tropiezas que les han de servir en torno de
la bandera tradicional del movimiento, y los
sacerdotes que los han de llevar todos los días
a la vida de la vida á la vida, á la vida
de la vida. Y sean unos dos á tres días de
elegir algunas, y en todas partes los dejan
hacer todas las locuras que pueden, como se
da á los que van á morir todos los días,
por más extravagantes que sean.
En tanto el alegre remite propios el go-
bernador, y el gobernador tejea el go-
bierno. Le dice que se ha hecho el cortejo

social, el que no con su cuerpo, con su
Este argumento que se hace con el
y todo, es sin embargo perfectamente
lógico.

La obligación de contribuir á las necesi-
dades necesarias del Estado es ineludible.
Todos callan y callan. **II.** ¿Por qué se le
es permitido protestar porque teniendo una

Obligación de pagar la contribucion de sangre?
el impuesto territorial. Pero todo el mundo

¿Existe la obligación de pagarla? ¿Existe
el deber de ser soldado? Segun la ley, si.
Segun el derecho, es muy discutible. Yo me
atrevo á decir resueltamente que no.

La ley está fundada en este raciocinio. La
obligacion de subvenir á las necesidades del
Estado, existe; luego todo ciudadano debe
contribuir á la subvencion de estas necesida-
des. La obligacion de defender la patria que
es una necesidad natural, existe; la obliga-
cion de defender el orden, que es una nece-
sidad social, existe; luego todo ciudadano
debe contribuir á defender la patria y el ór-
den, es decir, debe ser soldado durante un
período de su vida. El que no sea soldado,
que pague para poner un soldado en su lu-
gar. Todos, pues, contribuyen á esta carga

social, el que no con su cuerpo, con su dinero.

Este, argumento que aparece concluyente y lógico, es sin embargo perfectamente sofisticado.

La obligación de contribuir á las *verdaderas* necesidades del Estado es ineludible. Todos callan y contribuyen. A nadie se le ha ocurrido protestar porque teniendo una propiedad, se le obligue á pagar su cuota en el impuesto territorial. Pero todo el mundo protesta diaria y constantemente contra la odiosa contribucion de sangre. ¿Por qué? Primero, porque la necesidad de la quinta no es una necesidad verdadera del Estado, sino ficticia y falsa; segundo, porque esa contribucion es injusta, perfectamente injusta é ilegítima de consiguiente, y tercero porque es antinatural y bárbara, porque no repara en romper los lazos mas sagrados, porque no tiene otra base que las lágrimas y la ruina de todos aquellos á quienes alcanza.

Veámoslo fria y tranquilamente.

Niego la verdadera necesidad de la quinta anual. No entro ahora á tratar la cuestion de la disminucion del ejército en un pais donde por sus condiciones geográficas apenas es necesario. Niego la necesidad de la contribu-

cion de sangre. Niego, pues, el deber de ser soldado y lo niego por dos razones. Primera razon, porque las conquistas de pueblo á pueblo son imposibles, y cuando son posibles porque hay una idea que realizar, como en Italia y en Alemania, los ejércitos son impotentes para impedir la realizacion de aquella idea, y la conquista se verifica; porque para defender la patria contra una agresion injusta están, como en 1808, todo los ciudadanos, y todos los ciudadanos hacen lo que el ejército es insuficiente para hacer; porque para defender el orden contra verdaderos perturbadores, están los ciudadanos tambien congregados en milicias, y es lógico que ellos y solo ellos defiendan el orden, porque al defenderle, protegen su casa, su familia, su riqueza, su propiedad. Se evita poner á una clase frente á otra, al ejército contra el pueblo y hacer dos enemigos de dos hermanos. Por lo demás, puede estarse seguro de que el ciudadano honrado y laborioso estará siempre al lado del orden, del verdadero orden de la libertad, porque así como los pueblos ven siempre mejor en lo futuro que los poderes constituidos, tienen siempre un poderoso instinto de conversacion que les impide suicidarse convirtiendo la anarquía

en ley diaria de su vida. Segunda razon. Si en otro tiempo las ideas estaban bastante oscuras para que se creyera que los ejércitos eran los ángeles de guarda de las sociedades, y para que se creyera que los ejércitos no podian existir sino eran forzosos, hoy la ciencia ha hablado y los ha sustituido por los voluntarios. No se obligue al hombre á hacer lo que sea contra su libertad.

No existe, pues, la necesidad de la quinta, porque por un lado los soldados que salen de ella, no llenan el fin que se cree están llamados á llenar, y por otro aunque le llenaran, la ciencia ha descubierto una nueva fórmula mas compatible con la libertad del hombre. Bajo este punto de vista y sin dejar de acatar la ley, decimos: «No existe en derecho constituyente el deber de ser soldado.»

¿Y qué he de decir de la injusticia de la contribucion de sangre? La justicia es la sancion del bien y la quinta es un mal. Ya hemos visto que es un mal innecesario. De manera que aun bajo este punto de vista esa innecesidad no es mas que un aumento de injusticia. Pero en su esencia esa contribucion no responde al ideal del bien. Arrancar de su hogar á un jóven de veinte años para

defender no sé qué cosas soñadas, no es justo; arrancarle contra su voluntad, no es justo; arrancarle á su pequeño campo, no es justo; disponerle el Estado para matar ó morir, no es justo; sumirle en el ocio del cuartel y predisponerle al vicio por este mismo ocio, no es justo; hacer de él un hombre nuevo, quizá un hombre que ha perdido el hábito del trabajo, no es justo. No hay ni un átomo de justicia ni por arriba ni por abajo, ni por la derecha ni por la izquierda, en la funesta contribucion de sangre. Allí no hay justicia en la cosa, no hay deber en el ciudadano. No existe, pues, el deber de ser soldado.

He dicho que es antinatural y bárbara, y esto en verdad no necesita una sola palabra que lo pruebe, porque su enunciacion es su prueba. ¿Quién mas que esta contribucion suspende y hasta rompe en mas de una ocasion los lazos sagrados de la familia? Soldados ha habido muchos, muchísimos que han partido del hogar, de la familia y de la madre, y ni la madre, ni el hogar, ni la familia han vuelto á saber lo que habia sido de ellos. Es bárbara á mas porque da al Estado el derecho de disponer de ocho años, de los mejores ocho años de la vida del hombre. ¡El

Estado disponiendo de una parte de la vida del ciudadano, contra la voluntad de este! ¡Esto sucediendo en el último tercio del gran siglo XIX! Si nadie tiene derecho á disponer de la vida de nadie, ni el Estado ni la sociedad, sino Dios solo que la ha dado; si la pena de muerte está abolida de hecho en muchos paises ante este luminoso raciocinio; ¿dónde está ese que se cree con derecho para disponer de ocho años de la vida del hombre? ¿quién es él, para separar de su corriente natural la vida del sér social? ¿en qué se funda para monopolizar ocho años de la existencia del hombre? ¿qué derecho tiene para confiscar los años mas floridos? ¿quién es él, para limitar la vida á una función, para decomisar á la juventud en un cuartel? No es nada ni nadie, y solo á beneficio de las antiguas ideas es como el Estado moderno puede seguir cobrando esa odiosa contribucion de sangre.

Resulta, pues, que esta contribucion es innecesaria, que es injusta, que es antinatural y bárbara. Lo que es antinatural, injusto é innecesario, yo me atrevo á preguntarlo: ¿hay deber legítimo é imprescriptible de hacerlo?

temiendo á los suyos, el pobre las tiene en
 miseria. No basta á la contribucion de sangre ser
 inmensa, injusta, entorpecida. Es desigual
 tambien para ser mas horrible.
 Yo hubiera comprendido que se hubiera di-
 cho: «Creemos el ejército para defender cual-
 quier cosa, lo que nos; pero aquel que
 sea llamado por la suerte á ser soldado, rico

III.

Cómo paga el rico y cómo paga el pobre.

Cuando el rico sale soldado, frunce el en-
 trecejo y dice: «me han fastidiado,» y da el
 dinero que marca la ley. Cuando el pobre cae
 quinto, dice si le alimentan los suyos: «han
 destruido mi porvenir,» y si él los sustenta,
 dice en medio de la mas amarga desolacion:
 «¡me han perdido á mí, y á los míos!»

El rico paga con su dinero, el pobre con
 su cuerpo; el rico no ve destruido nada, ni
 su presente, ni su porvenir, el pobre todo,
 su futuro y su presente; el rico no deja á los
 suyos, el pobre los deja por ocho años; el
 rico puede ganar lo que da en los ocho años,
 el primer año quizá de los en que debiera estar
 en el ejército, el pobre no gana nada ni na-
 die le vuelve los ocho años de vida que gas-
 ta en el servicio militar; el rico sigue man-

teniendo á los suyos, el pobre los deja en la miseria.

No basta á la contribucion de sangre ser innecesaria, injusta, antinatural. Es desigual tambien para ser mas abominable.

Yo hubiera comprendido que se hubiera dicho: «Creemos el ejército para defender cualquier cosa, lo que queramos; pero aquel que sea llamado por la suerte á ser soldado, rico ó pobre, que lo sea. O todos soldados forzosos, ó todos soldados voluntarios. No privilegiemos á los ricos para los que no son nada los ocho mil reales de la ley ni otra cantidad mayor en comparacion de las penalidades que representa el servicio militar; no hagamos caer toda la carga sobre los pobres, no hagamos en suma que ellos sean siempre los soldados predestinados. «Igualdad, igualdad por lo menos en el repartimiento del infortunio.»

Nada de esto se ha hecho ni nada de esto se ha tenido en cuenta. Se ha constituido una contribucion privilegiada; se ha eximido *realmente* á los ricos del servicio militar, como en otros tiempos se eximia á los nobles del tributo; se ha echado el eterno fardo de la servidumbre sobre el eterno mártir de la historia; se ha continuado dignamente la historia antigua.

Resulta, pues, que es evidente de toda evidencia que la paga de los ricos no es equivalente, ni mucho menos á la paga de los pobres. Resulta mas: resulta que hay una desproporcion monstruosa entre lo que paga el uno y lo que paga el otro. Resulta mucho mas todavía: resulta que el uno muere en el campo de batalla peleando para satisfacer la ambicion de cualquier rey ó de cualquier general por no tener ocho mil reales, entanto que el otro, cuando el estampido del cañon resuena en lontananza, se arrebujá entre las sábanas de su cama y dice gozosamente: «¡Oh ley protectora, ley que vienes en auxilio de nosotros, que somos el sosten del Estado, porque tenemos! Eres justa en llevarte á los pobres, que nada pueden hacer mas que eso. Ellos son nuestro paño constante de lágrimas, nuestros sustitutos naturales en todas las miserias y en todos los trabajos. ¡Nosotros pagamos. llévatelos á ellos! Justo es que paguen el crimen de no tener camisa con ocho años de fusil y con ocho años de cuartel!»

Es poco decir que la contribucion de sangre, tal como nos la ha legado el pasado, es injusta. Apenas se forma una idea de su iniquidad demostrando que es monstruosa.

Resulta pues, que es evidente la
 evidencia por la paga de los ricos no es
 equivalente, ni mucho menos á la paga de
 los pobres. Resulta mas: resulta que hay una
 desproporcion monstruosa entre lo que paga
 el uno y lo que paga el otro. Resulta mucho
 mas todavía: resulta que el que mas en su
 campo de batalla debe satisfacer la

IV.

ampliacion de sus privilegios de
 Nuevos privilegios de la vieja ley privilegiada.

Despues del privilegio viene la exencion.
 No basta que el Estado haya mirado por los
 que tienen, es preciso que mire un poco mas
 por los que representan su propia idea, la
 idea tradicional, la idea conservadora. A los
 que gozan de los bienes de la tierra, favo-
 recerlos en gran parte; á los que disponen
 de los bienes del cielo, eximirlos del todo.
 Es lógico.

Los licenciados del ejército, los matricu-
 lados de marina, los carpinteros de ribera,
 los operarios de las minas de Almaden están
 exentos, por principios de justicia, del servi-
 cio militar. Pero hay otros que tambien es-
 tán exentos. Los religiosos profesos de las
 Escuelas-pias y misiones de Filipinas, y los
 novicios de las mismas órdenes que llevaren

seis meses de noviciado, etc. etc., tambien lo están. ¿Qué meritos tienen para esta exencion? Veámoslo.

Los de las Escuelas-pias enseñan; los de Filipinas predicán. ¿Se exime á los maestros y á los predicadores? Que los unos enseñan gratis, que los otros van á lejanas tierras á predicar la fe. ¡Ah! ¿Y la dotacion que los unos tienen en el presupuesto, y las posesiones que los otros tienen en Filipinas? No quiero hablar de los manejos de los jesuitas allí; ni de la omnimoda posesion que gozan de todo, como en todas partes donde asientan el pié; ni de su poderío, ni de su influencia, ni de su política, ni de la proteccion que gozan los que se someten á su tutela, ni de la miseria en que yacen los que la esquivan ni de otras muchas cosas. Me atengo á su mision verdadera. ¿Están exentos los unos porque enseñan ó porque son curas? ¿Están exentos los otros porque predicán ó porque son jesuitas? Probablemente por lo segundo. Esto es lo que ha quedado de la antigua exencion del clero del servicio militar. Exencion á todos los curas y á todos los jesuitas, á los que predicán y á los que enseñan, á los que están cerca ó á los que están lejos, ó exencion á ninguno. ¡Exencion

á los que desempeñan un ministerio, por útil que se quiera suponer! ¡Vaya un privilegio absurdo! Esta exención se comprende, sin embargo, en un tiempo en que la religion y la política marchaban juntas. Favorecer á los curas era fortalecerse los reyes, como favorecer su catolicismo era engrandecer su absolutismo. Hoy todo esto es imposible. Si la quinta cae ante la revolucion, como esperan todos los hombres honrados, la exención caerá con ella. Si no cae la injusticia-quinta, como temen muchos, caiga al menos la injusticia-exención. Cumpla cada ciudadano con el ministerio que echa sobre sus hombros sin dañar por eso á otro, sin echar por eso su carga sobre otro, sin hacer llorar por eso á otro, á veces á otros muchos.

glo. XIX se fonda en destruir y en destruir una gloria bien poco deseable. El soldado está llamado á ser, antes de lo que piensan muchos, una inutilidad que la civilización está llamada á destruir. Pero véngasele en la guerra y en la batalla.

Polos en la batalla como en teatro, si se llama soldado español. Lo sabe todo y calla. Mata y mata y mata y mata lo más que

V.

El soldado en el campamento y el soldado en el cuartel.

Dos puntos de vista tiene el hombre que empuña el fusil del Estado; cuando se le mira en la guerra, en el campamento, y cuando se le mira en la paz, en la ciudad.

El recluta es ya soldado. Ha pasado un rudo aprendizaje, sabe andar á compás, moverse á compás, cargar á once tiempos y otra multitud de cosas. Suenan la hora de una guerra, prepara sus máquinas de matar y va dispuesto á ser un héroe. Aquí es donde es menester detenerse un momento para estudiarle.

Para mí estas palabras de *honor militar*, *gloria guerrera* y otras muchas no tienen hoy la significación que podrían haber tenido en otro tiempo; la gloria que en el si-

glo XIX se funda en destruir y en matar es una gloria bien poco deseable. El soldado está llamado á ser, antes de lo que piensan muchos, una inutilidad que la civilizaci6n está llamada á destruir. Pero veámosle en la guerra y en la batalla.

Pelea en la batalla como un tigre, si se llama soldado español. Lo sufre todo y calla. Mata y mata y mata y mata lo mas que puede para evitar que le maten. Es un duelo ciego, inconsciente entre masas de hombres que se destruyen por llevar distinto uniforme. Gritan, pelean, caen, se arrastran, rugen, muerden, son triturados, pisoteados, desmenuzados. Es un baile de sangre que se dan dos naciones que quizá ha nacido de un baile diplomático donde solo habia graves señores con frac y hermosas señoras que llevaban vestidos blancos y desnudos los torneados hombros. Los que no mueren quedan lisiados, ciegos, mancos, perdidos en fin para el trabajo y para la vida.

El hombre, la criatura humana, pierde en estas ocasiones, tan ajenas  su fin en la tierra, su carácter augusto y se convierte en un animal salvaje. Es un lobo cualquiera  quien aguijan delante de otros lobos y  los

cuales tiene que devorar si no quiere que le devoren. Todos sus instintos feroces se despiertan; tiene los ojos inyectados, la nariz dilatada, la frente arrugada como el hocico de los animales feroces cuando van á arrojarse sobre su presa. Olvida todo lo que tiene de hombre hasta el punto de hundir la bayoneta en el vientre del caído, hasta el punto de desgarrar las entrañas con el sable al mismo á quien aquel sable ha derribado. El hombre en semejante ocasion no es responsable de lo que hace. La sangre vertida tiene la virtud de enloquecer al que la vierte. Por eso yo cuando oigo decir que el término de tal batalla ha sido el exterminio, el saqueo, el robo, la violacion, si es preciso, no me admiro. Me parece natural que se llegue al fin del mal cuando el mal se comienza. Una barbarie engendra todas las barbaries.

Expuesto esto, pregunto: Si se clama contra las corridas de toros porque se dice que hacen duro, insensible y cruel al hombre, ¿cuánto no hay que clamar contra la lucha que no solo le hace cruel, sino bárbaro? ¿Hay derecho para hacer una fiera del hombre? ¿Hay derecho para ir contra la civilizacion haciendo malo al hombre, cuando

ella tiende á hacerle mejor y mejor cada dia? Es un ataque este á su perfeccion que el progreso no consiente. La vida de un hombre vale hoy mas y es mas digna de respeto que lo ha sido jamás. El soldado en la guerra va siendo una cosa mas repugnante cada dia. Dentro de poco nos parecerá á esos caballeros de las leyendas vestidos de hierro que peleaban y se creian nacidos solo para pelear. Los anacronismos deben destruirse, porque son piedras atravesadas en el camino de la civilizacion que la retardan y la detienen.

Este es el soldado en la guerra. Y en la paz ¿qué es?

En la guerra es insostenible hoy, pero en la paz es incomprensible. En la guerra es el rayo, pero en la paz es la gangrena. Decia un escritor que hecha de la milicia una carrera, él no comprendia al ejército cuando no peleaba, de la misma manera que no comprendia al escritor que no escribia ó al trabajador que no trabajaba. Y yo, en verdad, no estoy muy lejos de participar de esta opinion. Pero á mas de esto, el soldado en estado de paz es causa de muchos males y á la vez es víctima de ellos. Dicese y se repite hasta la saciedad, que

el soldado adquiere hábitos incurables de holganza, que sus ocho años de servicio son ocho años de ocio, ocho años completamente perdidos para él y para el país. Y es una verdad desconsoladora por todo extremo. Si tenia oficio, le olvida; si tenia hábitos de trabajo, los pierde. Pasados los primeros meses en que aprende la táctica, ya está hecho todo su trabajo. A mí me han parecido siempre esos ejercicios á que se obliga al soldado, una vez que ha aprendido los rudimentos esenciales del arte militar, nada mas que medios de entretener su ocio. Tras el ocio viene el vicio, yes perfectamente natural.

Cuando el ejército está en campaña, siguenle en formidable escolta una multitud de merodeadores, perdidos, vivanderos, meretrices y toda clase de seres crepusculares. Muchos generales han querido cortar esta especie de cola de sus ejércitos, pero nunca lo han podido lograr. Se observa tambien que en las plazas en que hay guarnicion, la prostitucion, que halla fácil alimento, crece y se desarrolla de un modo considerable. Hay otro hecho que habrá observado todo el mundo. En las grandes poblaciones los cuarteles están bloqueados literalmente en sus avenidas por centros de la prostitucion mas asquerosa

y mas inmundas. Estos son hechos, y contra la fuerza brutal de los hechos no hay respuesta posible.

Terminaremos este capítulo con unas notables frases de Mr. Jacob : «El dilatado tiempo que emplea la juventud en el estudio de la táctica, no solo cuesta á la nacion una pérdida irreparable, sino que cuando estos jóvenes dejan la carrera militar se convierten en brazos improductivos porque desconocen toda ocupacion útil.»

De todas maneras, pues, que se le considere, el soldado es funesto. ¿Cuál será la primer nacion en el mundo, de las hoy armadas, que tenga el valor de suprimirlo?

las labranzas y los grandes valles de Aragón y Galicia tan á propósito para su agricultura y por sus ricas y fértiles llanuras lo necesitan para las clases. En los países que están dotados por Dios de estas condiciones.

¿Necesita el capital primero; pero el capital no hay que buscarlo en el extranjero, sino en el propio país.

VI.

Postración de la agricultura y de la industria debida en gran parte á la quinta.—El aumento de población está en razón inversa del aumento de la quinta.

Madre comun llamaron los antiguos á la tierra, y en verdad que jamás denominacion mas exacta la fué aplicada. Ella, mediante el trabajo y el capital del hombre, produce lo necesario, y aun lo superfluo para satisfacer las necesidades de las generaciones que van pasando en dolorosa peregrinacion por la vida.

No hay que decir, ni menos hay que probar, que nuestra España es un país agricultor por excelencia, como Inglaterra lo es fabril, y Holanda mercantil y buscador en los mares de la riqueza que negó la naturaleza á su suelo. Las grandes llanuras de la Mancha y Andalucía tan á propósito para las gran-

des labranzas, y los estrechos valles de Asturias y Galicia tan á propósito por su naturaleza y por sus riegos para las pequeñas, lo manifiestan bien á las claras. Un pais que está dotado por Dios de estas condiciones, ¿qué necesita?

Necesita del capital primero; pero el capital, que no hay en esta tierra, no vendrá á ella en tanto que no concluyan definitiva é irrevocablemente los últimos restos de la antigua intolerancia religiosa, y en tanto que no se asiente definitiva é irrevocablemente tambien en nuestra patria un sistema de libertad amplia en todas las esferas, duradero por su sinceridad y estable por su bondad propia. Necesita á mas, y sobre todo, del trabajo. ¿Quién es el eterno trabajador? El pobre. Pues bien, todos los años hay una especie de leva que arranca á miles y miles de desgraciados de sus campos, de sus tierras, de sus huertos, de sus labranzas, para hundirlos en el estéril ocio del cuartel.

Supongamos que la quinta se lleva, y esta no es mas que una suposicion, por término medio todos los años sesenta mil hombres. Entendedlo bien, son sesenta mil hombres arrancados á la agricultura, á la industria, al comercio, á los oficios: á la agricultura

sobre todo. Supongamos tambien que otros sesenta mil hombres, y es mucho suponer, vuelven á sus casas todos los años una vez cumplido el tiempo de servicio. Ni siquiera quiero descontar los que mueren en esta ó en la otra guerra llevada á cabo para sostener un ministerio ó para distraer la opinion pública; ni siquiera de los que mueren en los hospitales agobiados por enfermedades especiales; ni siquiera de los que van á morir á Cuba, á Puerto-Rico, á Filipinas. Nada de eso. De estos sesenta mil hombres podria asegurarse que cuarenta mil labraban el campo, cuando fueron llamados á las armas. ¿Creeis que los cuarenta mil vuelven al campo concluidos sus ocho años de servicio? ¿Lo creeis? No, en verdad, ni puede creerlo nadie que conozca cuán diferente es el hombre al dejar el fusil de lo que era al tomarle. Yo estoy seguro que de estos cuarenta mil hombres, ni diez mil siquiera vuelven á las rudas faenas agrícolas. Considerad, pues, cómo podrá prosperar la agricultura cuando todos los años se la arrancan un precioso número de brazos que no vuelven mas á ella.

— Yo he visto, he visto terribles casos en que un modesto patrimonio ha tenido que ir

á parar á manos extrañas, á manos mercenarias porque ha venido el Estado y ha llevado al cuartel al jóven propietario que las labraba. En una aldea, cuyo nombre haria público si preciso fuera, vivia una viuda con tres hijos; dos hijas y un hijo. Tenia unas pocas tierras que labraba el hijo, y aunque pobremente, vivian. Llegó la quinta, y el muchacho cayó soldado. Toda la aldea se asoció á la desolacion de aquella familia, y cuando el quinto fué á partir, el pueblo en masa salió á despedirle. Fué aquel un dia de luto para todas aquellas sencillas gentes. La viuda tuvo que arrendar sus tierras al principio y despues venderlas. Hoy vive, á pesar de sus hijas que trabajan, en una lúgubre miseria. Cuando vuelva el soldado, ya no encontrará casa paterna, ni campos paternos, ni la norria, ni la huerta, ni nada de lo que perteneció á su padre. ¡Ah! no volverá, porque sabe la ruina de su casa, la venta de sus tierras, la pérdida de su hacienda. No volverá para no encontrar sentado á la entrada de las heredades que fueron suyas al dios Estado que le dirá como el antiguo dios Término que guardaba las heredades romanas: «¡No entres ahí, eso ya no es tuyo!» ¡No volverá para no llorar mas de lo que ha llorado!

Este perjuicio que la quinta causa á la agricultura es tan evidente, que basta citar un solo hecho para demostrarlo á las claras. Allá, por los años del 62 y 63, si mal no recuerdo, agobiados los pueblos por la falta de brazos, hubo necesidad de dar licencia, en determinadas provincias, á cierto número de soldados para que trabajasen en el campo porque no habia ni quien recogiese los frutos ni quien ayudase á guardarlos. Recuerdo tambien que en mas de una ocasion ha habido necesidad de emplear al ejército para extinguir la langosta que asolaba determinados territorios.

La quinta hace languidecer de la misma suerte que la agricultura, la industria y los oficios. Nuestro pueblo es un pueblo muy atrasado en ese punto. No se ven aquí mas que en alguna que otra escasa comarca, esos ejércitos de obreros, esos inmensos almacenes, esas poderosas máquinas con las que se produce en otros paises con tanta prontitud, con tanta perfeccion y con tanta economía. Aquí no se sabe hacer máquinas ni se puede competir en nada con el extranjero. Muy por el contrario, hay que traerlo todo de fuera. Esto tiene sus causas especiales que, dicho sea en verdad, en nada se rozan con la quin-

ta. Veamos, sin embargo, la parte que ella puede tener en la languidez de las industrias.

La quinta las arranca brazos y las arranca inteligencias. Si la escasez de unos la empobrece, la falta de otras la detiene y no la deja progresar. Yo pregunto ¿cuántos obreros hay que se dediquen con afán á su obra? ¿cuántos industriales hay que se dediquen con afán á su industria, mientras está suspenso sobre sus cabezas esa nueva espada de Damocles que se llama quinta? Pocos serán. Es imposible que el hombre que ve venir sobre sí una nube, que no sabe si le destrozará ó no con su rayo, es imposible que se entregue con ardor á su oficio ó á su industria, hasta que esa nube haya pasado. Hay muchos jóvenes que esperan á poner su tienda, á establecer su comercio una vez que han salido libres del inicuo sorteo, y es lógico. Véase cuán horrible y cuán criminal es este impuesto de sangre que coarta la libertad del hombre en todas las manifestaciones de su vida, aun antes de haber caido sobre él y haberle aplastado con su inmensa pesadumbre.

La quinta influye considerablemente en la poblacion de los paises. En España realmen-

te el que no tiene, permítaselo ó no la ley, no puede casarse antes de la quinta. ¿Quién es el que se compromete á tener que abandonar, por ocho años nada menos, á la jóven esposa á quien se ama con todas las fuerzas del alma, quizá al niño inocente que acaba de nacer? Nadie. Puede establecerse por regla general que la contribucion de sangre impide anualmente de treinta á cuarenta mil matrimonios. Considérese cuánto no limita esto el aumento de poblacion.

— La quinta á mas influye indirectamente, pero no por eso de una manera menos terrible, en la poblacion, por medio de la agricultura. Explicaremos esto. Es un axioma económico hoy ya, que la poblacion aumenta en razon directa de las subsistencias. Cuanta mas riqueza tiene un pais, tanto mas su poblacion crece y se propaga. Si se arranca del campo un número anual de individuos considerable, claro está, como hemos expuesto antes, que la agricultura se sentirá mucho y muy notablemente, y las subsistencias serán mas escasas y peores á la fuerza. Teniendo en cuenta la ley económica antes citada, resultará que siendo poca la produccion del suelo, y hay que advertir que nuestro pais debe contar siempre la agricul-

tura como uno de los grandes veneros de su riqueza, serán pocas las subsistencias, y siendo pocas y malas estas, por efecto en parte de los brazos que arranca la quinta á la tierra, resultará que la poblacion disminuirá, ó no aumentará por lo menos, en proporcion de lo que disminuyan ó escaseen las subsistencias. Influencia es esta de la quinta en el desarrollo de la poblacion en que nadie habia pensado hasta ahora.

Si fuera preciso, y las condiciones de este pequeño libro lo consintieran, yo presentaría datos que probaran de una manera terminante é irrecusable los obstáculos que pone la quinta al libre desarrollo de la poblacion de los países. De suerte que es una institucion que no contenta con esclavizar al hombre cuando llega á los veinte años, se pone en el umbral de la vida y dice á los que van á nacer: «atrás.» Es una lucha sorda, oscura, que no ven los ojos humanos, pero que la sienten todas las almas honradas, entre la naturaleza que prosigue su misterioso trabajo de elaboracion de nuevos seres y de nuevas generaciones, y la sociedad que con sus absurdas instituciones facilita la destruccion de los seres que viven y retarda la vida de los que están por nacer. En Francia últi-

mamente se han levantado infinidad de voces é infinidad de protestas contra el aumento del ejército. Se ha dicho que el país no puede sostener un millon doscientos mil hombres: que la poblacion se desangra, que el contribuyente se aniquila; que el segundo imperio remedaba al primero, y que el primero habia sido no solo la ruina de Francia sino la ruina del mundo. El poderoso César ha callado y ha armado. Hoy Francia se está arruinando en silencio y sin que nadie lo sienta contemplando el brillo de las bayonetas, ya que no puede contemplar el brillo de la libertad. Bien es verdad que el tirano del gran pueblo necesita de esas bayonetas y de muchas, muchisimas mas, para detener á la libertad que llama á las puertas de los descendientes de aquellos convencionales que asombraron ayer al mundo, para que ellos á su vez aviven al pueblo y le saquen de su letargo espantoso. ¡Ah! esas bayonetas le servirán poco! Llamará la libertad como llaman los leones, y habrá que abrirla. La libertad es el viento que impulsa hoy á las generaciones que atraviesan la tierra, y ese viento es el sopro de Dios. ¿Quién osará intentar detener á Dios?

mamente se han levantado multitud de vo-
 ces ó señaladas de protesta contra el au-
 mento del ejército. Se ha dicho que el país
 no puede sostener un millón de soldados mil
 hombres, que la población se desangra, que
 el contribuyente se agota; que el segundo
 imperio remediaba al primero, y que el pri-
 mero había sido no la ruina de Francia
 sino la ruina del mundo. El poderoso César

VII.

Los ejércitos permanentes. obllas si
 se es en la

Allá por los tiempos del caos feudal no
 existían aun ejércitos permanentes. Obliga-
 ción era de todo hombre acudir á la guerra
 y una vez concluida tornar á sus lares. Gen-
 tes allegadizas eran los mas de los que pe-
 learon en la reconquista y no por eso supie-
 ron vencer menos. El rey congregaba á los
 nobles, á los obispos y abades á veces, y á
 las ciudades, por mensajeros ó por cartas;
 los unos iban con sus mesnadas, y las otras
 con sus milicias concejiles. Los artesanos á
 veces acudían con la bandera de su gremio,
 y esto era lo que se llamaba *ir en fonsado*.

Empezaron despues á dibujarse las gran-
 des nacionalidades que venían á acabar de
 matar el feudalismo. Sin duda que razones
 de política tuvieron de aconsejar á los reyes

que para acabar de hundir en el polvo á la nobleza, eternamente rebelde, crearan un núcleo permanente de hombres armados y disciplinados. Ya Carlos VII de Francia había dado en este camino los primeros pasos, y no es de extrañar que le imitara en nuestra patria Cisneros. Cuéntase que el Cardenal alistó cierto número de hombres, los cuales se adiestraban todos los dias festivos y cuyos jefes eran pagados del erario público. Durante la casa de Austria fué cuando se organizó por completo nuestro ejército permanente. Nuestra infantería fué la primera del mundo. Luchó en todas partes, y en todas partes venció. Pero en la batalla de Rocroy acabó su prestigio con su derrota y en aquellos campos puede decirse que murió. Así es que en los tiempos de Felipe III está en tal decadencia el ejército, que hay que llamar á extranjeros para que sirvan nuestra artillería. En tiempo de Carlos II la miseria del país solo puede compararse con la prostración del ejército, y apenas se eleva este á 15000 hombres. El rey Carlos III es el que se encarga de impulsarle y de reorganizarle. El establece el colegio de artillería de Segovia y la escuela de Avila para instrucción de oficiales. Despues aumentándose ó disminu-

yéndose cuerpos, creándose ó cerrándose es-
cuelas, pidiéndose mayor ó menor número
de hombres todos los años, ha llegado el
ejército hasta nuestros días lleno de prepon-
derancia y siendo una de las clases más fa-
vorecidas por toda clase de gobiernos.

VIII.

¿Es necesario el ejército para defender la patria?

Hemos apuntado esta cuestion en otro capitulo y vamos á desarrollarla ahora. ¿Es necesario un formidable ejército para defendernos de una agresion de extranjeros?

Dos pueblos tiene España en sus fronteras, Portugal y Francia. ¿Puede temerse nunca de Portugal, por mas que repugne la union ibérica que toda España ansia, puede temerse nunca de ese pueblo mas pequeño y mas débil que el nuestro, una agresion? Ridículo sería imaginárselo. El sentido comun le diria que sus fuerzas no pueden medirse con las nuestras, y la buena politica le diria que era una insensatez atacarnos, porque vencido por nosotros, entonces sería la ocasion en que se veria obligado á aceptar esa misma union ibérica que rechaza. ¿Puede temerse esto de

la Francia? Si nosotros seguimos una política justa, recta con ese pueblo, ¿nos atacará? No, porque tendríamos de nuestra parte á la mayoría de las potencias extranjeras, y Francia no quiere ser la provocadora de una guerra universal y europea. Hay que tener en cuenta que las relaciones internacionales no son lo que eran hace medio siglo, y un pueblo, antes de hacer hoy la guerra, examina bien su derecho para no encontrarse aislado en la lucha. Pero yo quiero suponer que nos atacará Francia y Europa callará. ¿Creeis que aunque dejáramos completamente desguarnecidas todas nuestras plazas y nuestros puertos, lo cual era entregar estos últimos á su marina, creeis que aunque lleváramos todos nuestros soldados, sin dejar uno solo, á la frontera, creeis que nuestros 120,000 hombres podrian detener á los doscientos ó trescientos mil que nos mandaría ese imperio que puede poner en pié de guerra en pocos dias un millon doscientos mil hombres? Nuestros soldados tendrian que ceder al número y serian inevitablemente derrotados. Habria que apelar al entusiasmo popular; habria que tocar á rebato en toda la nacion; habria que repetir la guerra de la Independencia. Y así venceríamos.

¿Podemos mezclarnos en la política europea? ¿Debemos mezclarnos en las cuestiones europeas? ¡Ah! Nuestra nación que ha ido arruinándose lenta y oscuramente, merced á una dinastía infiel á la patria, infiel á la libertad, é infiel á su siglo, nuestra nación devorada por pandillas de hombres que, como los gusanos á los cadáveres, se la han estado comiendo literalmente por espacio de muchos y muchos años, nuestra nación devorada todavía por gangrenas de otros tiempos, por vicios del absolutismo, no ha hecho otra cosa con estos meses de raquílica revolución que lo que hacen aquellos enfermos que se sienten un día un poco fuertes, levantarse y ponerse al sol. Esto ha hecho nuestra patria. Juzgad cómo ella que todavía tiene fiebre, podría ir á posar su mano flaca y calenturienta en el platillo de las cuestiones europeas. No, no puede ser. Tenemos que estarnos quietos, y estarnos quietos por fuerza.

Los que defienden el ejército dicen que le necesitamos hoy en la proporción que existe y en mayor proporción, si preciso fuera, para defendernos de la reacción, de la tenebrosa reacción que nos acecha. ¡Siempre la misma argucia! ¡Siempre la misma falsedad!

Yo recuerdo que al acabar aquel año 54 que fué para España mas que una realizacion, una promesa de futuras libertades, aquel hombre funestísimo para el progreso que se llamó O'Donnell decia esto mismo en aquellas pobres Constituyentes que nacian abrazadas á un general poco capaz y que habian de morir á manos de otro, incapaz como el primero, pero doctrinario con todos los terrores que inspira al doctrinarismo la libertad. Pues bien, ¿es cierto esto? Si licenciamos el ejército, ¿nos vencerá la reaccion?

El partido carlista, representante de absurdos solamente, quimera de partido que tiene hoy la misma razon de ser que hubieran tenido los insensatos que en el siglo XVI se hubieran levantado pidiendo la reconstruccion del feudalismo, sueño de gentes que toman al mundo por un panteon inmenso y la vida por un desierto donde reina el eterno silencio de la naturaleza, Juliano de los partidos que quiere volvernó al antiguo paganismo de los papas de la Edad media, á los sacrificios humanos, á las hogueras ya apagadas, á la abyeccion de la razon sometida á revelaciones sobrenaturales é increíbles, el partido carlista con su cielo lleno de sangre, con su tierra llena de hogueras, con su alma

abrumada con todos los crímenes del pasado, no puede intentar nada serio, porque está abandonado, y se vería perseguido por todos aquellos que son honrados y aborrecen la sangre, que tienen inteligencia y saben que la humanidad hubiera muerto, si Dios la hubiera negado el progreso, que aman á la humanidad y que quieren que llegue el día en que todos los hombres se unan en un solo abrazo, en un solo amor y en una sola fraternidad. Este partido nocturno si quisiera lanzarse á la guerra tendria que ir á los claustros y á las bóvedas de las viejas catedrales gólicas, á los claustros y á las bóvedas de los conventos que ha respetado la legítima ira de las revoluciones, buscar por los rincones y congregar á los caballeros, á los obispos, á los frailes, á los santos de piedra, y lanzarlos á la pelea, porque yo creo que no encontraria hombres para formar una compañía. En mi sentir no podria luchar mas que con un ejército de muertos. Y han pasado por fortuna los tiempos en que el apóstol Santiago bajaba á pelear con una legion de ángeles contra los enemigos de nuestra fe, y en que hasta los muertos salian de sus tumbas llamados por la piadosa voz del mas humilde ermitaño.

Por las tentativas que han hecho puede juzgarse de las que podrian hacer. En el año 54 se temia lo mismo por algunos. ¿E hicieron algo serio? Nada. En la Rápita, cuando el pais estaba ocupado en la guerra tradicional española contra los moros, intentaron sublevar á unos pocos soldados, y los soldados de que oyeron el grito que simbolizaba la vuelta de lo antiguo, la resurreccion de los apostólicos, soltaron una carcajada y les volvieron la espalda. Se vió huir á aquellos príncipes y aquellas ideas en una tartana. Entonces el pueblo se rió, tambien la insurreccion fué silbada y los carlistas acabados de enterrar. Aquella fué la última paletada de tierra que se echó sobre su ataud.

¿Y los partidarios de la Borbon? Comienzo por decir que no tiene un partido sobre que apoyarse. El moderado, que estaba encargado del desórden del reino y que para regularlo tenia como prototipo el desórden de la reina, fué barrido con ella. Sobre esto era un partido que no vivia mas que en las antesalas y en los alcázares y no tenia secretarios en el pais. Lo que haga, habrá de hacerlo á fuerza de oro. Nadie sirve á la iniquidad, como la iniquidad no le compre el alma y el cuerpo. Yo doy por supuesto que

se levantarán unos pocos, los descontentos del nuevo régimen y los que alcanzaban una migaja de las liberalidades de la hija de Fernando VII. ¿Qué sucedería? Que acabarían con ellos los pueblos, como en otras ocasiones con los carlistas. Habría tal fermentación en el país, se apoderaría tal calentura revolucionaria de la nación, que no habría pueblo que no ofreciera sus vecinos, ni madre que no ofreciera su hijo para acabar con los liberticidas. Por lo demás este siglo ofrece la particularidad de que los reyes que echan los pueblos no vuelven á ellos. Ni Carlos X, ni Felipe Igualdad, ni Francisco II han vuelto, ni volverán tampoco. Son imposibles, como imposible es la idea que representan.

Resulta, en suma, que no es racionalmente creíble un ataque de extranjeros contra nosotros; que á ser posible por un pueblo más poderoso que el nuestro, nuestro valiente ejército sería impotente para contrarrestarle; que no estamos en condiciones de mediar en las cuestiones europeas; que los carlistas y los isabelinos serían vueltos á barrer por el desprecio de la nación, si se presentaran. Es innecesario, pues, el ejército de ochenta á cien mil hombres que pa-

gamos. Hoy por hoy no llena otra mision que la de arruinarnos. Respétense los derechos adquiridos, concilíese todo, pero dígame: «Suprímense las quintas, porque arruinan al pais, y rebájese hasta lo infinito el ejército, porque arruina al Tesoro.»

IX.

El ejército considerado como defensor del orden.

En toda sociedad hay una numerosa clase de gentes, inútiles para todos los partidos, perdidos para la vida pública de la nación, indiferentes á las ideas que cruzan y centellean á su alrededor, que creen que el bien no se halla en ninguna parte, y que se encierran en su casa y agitan sus negocios y revuelven sus talegos de oro, y cierran su corazón al espléndido porvenir del mundo, y prosperan los mas de ellos con el trabajo monopolizado del pobre.

Estos exclaman de continuo: «¡Desgraciada patria si se aboliera el ejército! ¡Desgraciados de nosotros si se proscribieran los soldados! ¿Qué sería de nuestros bienes si se abolieran los fusiles? ¿Qué sería de nuestros hogares si se fundieran los cañones? No ha-

bria propiedad, ni familia, ni hogar, ni campos seguros. Los revolucionarios exterminarían, quemarían, asolarían, destruirían. La sociedad sería imposible. ¡Permanezcan, aunque nos cuesten quizá un poco caros, esos ángeles guardianes de la sociedad! ¡La vida antes que la libertad!

Grave es por demás la cuestión. Urge saber al mundo si el poder supremo puede disponer de los soldados como y cuando quiera é interpretando á su modo la palabra *orden*. Urge que el gobierno, el gobierno de todos los países, sea el que sea, se encuentre abandonado á sus propias fuerzas y caiga por su propio peso, si obra mal, ó se sostenga por su propio vigor, si obra bien. Importa que no haya hombres que por efecto de la organización que se les da, tengan que obedecer á una señal superior, y tengan que hacer quizá una cosa que repugne á sus leales sentimientos. Importa que gobiernos malos y tiránicos, que un rey déspota quizá, no tengan para escudarse un muro de bayonetas. Importa que el rey y el gobierno se encuentren frente á frente del pueblo y ajusten sus cuentas entre los dos.

El ejército no puede ser utilizado, á título de conservar el orden, para asesinar á los

ciudadanos, como ha venido haciéndose en las pasadas dominaciones reaccionarias. Los pueblos tienen aspiraciones, legítimas aspiraciones que llenar; fines, altos fines que cumplir, y no hay derecho para poner murallas de hierro entre la realización y el fin, entre la aspiración y el cumplimiento. Hay derecho legítimo de insurrección contra el mal; hay deber imprescindible en el hombre, en tanto que es hombre, de oponerse á la tiranía.

Se dice que sin ejército no puede haber orden, y yo digo que habrá desórdenes, á pesar del ejército, en tanto que los gobiernos de las naciones no se amolden al derecho, no acaten las leyes de la justicia. El ejército, en estos casos, no sirve mas que para hacer mas terrible la catástrofe, y el pueblo llega á pasar sobre él, si no á la primera vez, á la centésima. Las monarquías no pueden vivir sin ejércitos, como las repúblicas se deshacen de ellos inmediatamente. ¿Y por qué? Porque las primeras representan la confiscación de lo justo en aras de su poderío: la raquitis de la nación en cambio de la pléthora de la majestad. Para sostener esto que está contra el sentido comun y la naturaleza, claro está que se necesita tener fuerza y usar,

mejor dicho, abusar de ella. Las segundas son reuniones de gentes, iguales las que están arriba á las que están abajo. Los pueblos así constituidos viven en un perpetuo oleaje, en un constante movimiento, y los gobernados de ayer son los gobernantes de hoy y viceversa. De suerte que los que suben, saben que no son mas que unos mandatarios de todos, los encargados de dirigir temporalmente á la colectividad, y saben que la soberanía no reside en ellos sino en la multitud que les ha encumbrado. Por eso no ponen empeño en contrariar las reformas convenientes, el progreso necesario de aquella sociedad. Su provecho propio consiste en hacer el provecho de los demás. Así como aquel poder no tiene otra naturaleza *ni otros atributos esenciales* distintos á los del pueblo que le ha dado vida, no necesita miles de hombres que le sostengan. Le sostiene su propia concordancia con las ideas del pueblo, y cuando esta concordancia se rompe ó se altera, el poder cae sin trastornos y sin convulsiones. Esto, como se ve, es perfectamente sencillo, y deben tenerlo en cuenta los pueblos que, como el nuestro, sostienen un ejército que les arruina. Para mí esta frase: «conservar el orden,» es lo mismo que de-

cir: « conservar la tiranía. » Conservad arriba el orden y le tendreis abajo. Servid bien al pueblo, que es el soberano, y no tendreis necesidad de sostener legiones innumerables para fusilarle el dia que se revuelva contra una iniquidad vuestra.

En los paises en que existe un ejército numeroso se observa un fenómeno que es necesario por cierto y que realmente nada tiene de particular. Hay un terrible antagonismo entre él y el pueblo. Y es natural. El pueblo, por mas que lo ansie en su corazon, por mas que quisiera abrazar siempre como hermanos á los que la dura ley de la quinta arranca de su seno, sabe que aquellos hombres, impelidos, por la tremenda ordenanza, á obedecer, como obedece la máquina á la presion del resorte, se lanzarán sobre él á la mas ligera señal del poder supremo. Despues en el cuartel se respira una atmósfera hostil al elemento civil, y cuando se habla del ciudadano se le llama *paisano*, palabra que revela á las claras la frontera de desafeccion que existe entre el ejército y el pueblo. Y es doloroso, y hay que evitar esto, no solo porque es repugnante este espíritu de clase que hoy no tiene razon ninguna de ser ante la fraternidad general, ante la herman-

dad universal, sino porque podría traer funestas consecuencias para el porvenir de la libertad. Confieso que este sentimiento de exclusivismo no tiene hoy la fuerza que tenía en 1854, en que el ejército se hallaba agrupado al derredor del trono y el pueblo se hallaba estrechamente abrazado á la milicia, y que se traducía por epigramas de unos á otros y á veces por sangrientas contiendas entre milicianos y soldados en los alrededores de Madrid. Hoy ese exclusivismo ha cedido, porque el ejército ama también la libertad, que al cabo respira el aire del siglo XIX, pero no le ha extinguido por completo. Remedíese el mal, que hora es de remediarlo.

¡Dichosos aquellos pueblos en que el baston levantado de un policeman contiene á una multitud, restablece el orden alterado y sosiega las tempestades populares! ¡Dichosos ellos, porque tienen hechas todas sus revoluciones, y dichosos sus gobiernos que saben satisfacer las necesidades de la nación! En esos pueblos el respeto á la vida del ciudadano es tan inmenso como la vida del ciudadano le merece. ¡Desgraciado del gobierno que en ellos hubiese acuchillado al pueblo, que hubiese tenido una noche como la de san

Daniel, de orgía sangrienta! Hubiera sido acusado, acriminado, residenciado, pros-crito.

Aprendamos, pues, todos y sírvannos para algo los días nefastos que han pasado, salpi-cándole de sangre, sobre este pueblo gene-roso. Empléese el ejército, tal como le he-mos de exponer luego, en la defensa de pla-zas fuertes y otras atenciones puramente mi-litares; nunca, porque no es ese su objeto, en las querellas de los ciudadanos con el go-bierno. Una policía justa, recta, decente, de hombres honrados, no una policía de perdi-dos y de rufianes como ha pesado siempre sobre España, es la llamada aquí como en Inglaterra y en todo los países libres, á sos-tener el orden en los casos leves. Para los casos graves están, lo hemos dicho ya ante-riormente, están las milicias. El ejército ja-más. Han pasado ya los tiempos en que los reyes y los gobiernos tiránicos hacian de él un arma para ahogar las libertades popu-lares.

X.

El militarismo.

En los países en que se hace del ejército un rudo pacificador de las contiendas intestinas, sucede que adquiere un predominio anómalo, incomprensible, pero que no por eso deja de tener menos funesta influencia.

Es verdad que Cardero se sublevó con un puñado de soldados para restablecer la Constitución del año 12, pero también es cierto que Montes de Oca, Leon y otros se levantaron, no seguramente para establecer la libertad. Es verdad que Riego al frente del ejército expedicionario que iba á partir á América rompió las cadenas del despotismo; que la sublevación del sarjento García en la Granja nos restituyó el sistema constitucional; que la sublevación del Campo de guardias nos hizo aspirar otra vez las suaves y

dulces brisas de la libertad; pero tambien es verdad que Narvaez y Aspiroz con otro ejército en 1843 entraron en Madrid, y desarmaron la heroica milicia y maniataron á la nacion: que el mismo Narvaez barrió con la ayuda poderosa del ejército, en 1848, las ideas republicanas que empezaban entonces á germinar en España, al calor de aquel espléndido sol que irradiaba la segunda república francesa; que el terrible 22 de junio soldados eran, defensores de la tiranía, los que exterminaban á otros soldados que defendian la libertad.

Esto quiere decir que el ejército es un arma de dos filos para la libertad y para el derecho: que puede favorecerla, pero que tambien puede asesinarla. ¡Precaria libertad la de los pueblos en que esto sucede! Es el entronizamiento de los pretorianos, el reinado de los genizaros. El poder pasa de general á general, de batallador á batallador; la nacion se desliza por debajo de la espada vencedora, gimiendo y llorando, hasta que otro nuevo Pompeyo destruye con la suya centelleante aquella espada corroida ya por los sabrosos ocios del poder. La nacion pasa de Espartero, á Narvaez de Narvaez á Espartero; de O'Donnell á Narvaez, de Narvaez á O'Don-

nell. Otros generales están acechando la ocasión en que caiga el poder de manos del que lo tiene, para abrazarse instantáneamente á él. Y cuenta que en nuestro país es atrasado vicio el de tener tal número de generales, que desde los tiempos de Jovellanos viene diciéndose que tenemos tal número de ellos que podríamos surtir á todos los ejércitos de Europa. Así como se vive en una oligarquía militar, el ejército es el preferido, el atendido, el mimado. Para él se destina el mayor número de millones en el presupuesto y se le privilegia hasta el punto de eximirle de impuestos, como el moderno de capitación. En tanto la nación gime agobiada bajo el peso de los fusiles y los cañones; sus males de día en día se agravan; la bancarrota asoma á las puertas; los ciudadanos no se atreven á quejarse mas que en silencio, y solo los que llevan espada son los felices y los dichosos. Los países que tienen á su frente un hombre cuyas armas son los rayos de su inteligencia, crecen y llegan á poseer la libertad completa, sin la cual no hay riqueza pública, ni vida pública, ni felicidad pública. Solo en naciones como Rusia, medio bárbaras todavía, es donde se ve ese predominio militar imposible en este siglo. Las

armas no racionan, y esa es la razon de su imposibilidad de hoy. Mientras haya un fusil, siempre habrá el peligro de que se coarte un derecho en aquellas naciones en que aun no se ha introducido completamente en las costumbres y en la sangre del pueblo el virus democrático. El elemento militar es el brazo, el civil, la cabeza; el uno la accion, el otro el pensamiento; el uno es ciego, inconsciente, y se parece á la fatalidad antigua, el otro es consciente, justo y le ilumina la razon moderna. El uno es Rusia que sale de su edad media emancipando al siervo y matando al ciudadano con la espada sangrienta de Mourawieff, y el otro son los Estados-Unidos armando á toda la nacion tan solo para acabar con una iniquidad, tan solo para escribir en el cielo siempre radiante del derecho con la espada luminosa de Grant, la estrofa mas espléndida á la justicia que se ha cantado por todo un pueblo en este siglo, por tantos títulos grandes.

Conciliar la libertad con la espada es empresa tan ardua como conciliar la razon con la fé. A mi entender es imposible, como es imposible conciliar el sí con el no, la afirmacion con la negacion. Es imposible la alianza entre la fuerza, que se cae hácia

cualquier lado, y la inteligencia, que examina los senderos, que escudriña los caminos por donde ha de marchar: la una que conoce lo justo, los grandes deberes, la ley del hombre, las leyes de la humanidad, lo respeta todo; la otra que no conoce mas ley que la de su capricho, mas guia que su pasion, mas consejero que su ira, no atiende á nada. Y hé aquí como son posibles los golpes de Estado. La inteligencia está pervertida ó no existe en el militar que se ha encaramado al poder. Está ciego, y le han dicho que en la cima del mando absoluto está toda la púrpura, todo el oro, todos los goces; quiere llegar á él y entera de su proyecto á los que tiene próximos y se confabula con ellos para perder al pueblo que rige. Hay un ejército que está cansado de no hacer uso, mucho tiempo há, de sus armas, y desea que no se le enmohezcan en el ocio. Entonces ocurre un 2 de Diciembre cualquiera, y cualquier Napoleon puede encaramarse, arrastrándose entre charcos de sangre, hasta el ideal de su poder absoluto. La república del 48 conservó las armas, y las armas la mataron. Fué un castigo providencialmente justo.

Los gobiernos que tienen una espada en la mano están próximos siempre á dejarla

caer sobre el pueblo. El menor pretexto les basta para ello, al contrario de lo que sucede en los países en que la fuerza gobierna menos que la Constitución. En los Estados- Unidos existe una teoría contraria á la de los pueblos europeos. Aquí cuando ocurre un conflicto cualquiera, cuando hay un acontecimiento extraordinario que pone en peligro esta ó la otra institución, el poder se alarma, congrega en torno suyo al ejército, se toca moralmente á generala, se suspenden las garantías individuales, se suprime de hecho la Constitución, se pone á la nación bajo la acción del sable brutal por necesidad siempre, y el ciudadano vive á su merced durante el conflicto. Allá sucede todo lo contrario, porque las ideas que reinan, si es permitido darlas este título, son meramente civiles. Ocurre el conflicto, y el poder no suspende nada, ni las garantías individuales, ni la Constitución, ni pone al pueblo bajo la égida funesta de la espada. Obra según le inspiran las circunstancias, pero sin salirse de la legalidad de todos los días. Cree que en todas las ocasiones, aun en las más extraordinarias, mejor se afrontan los conflictos ajustándose al derecho que poniéndose sobre él, y que nunca es más precisa la libertad del

ciudadano que en estos momentos en que hay otros que quizá tratan de destruirla. Apelando al pueblo y haciendo causa comun con él, es como se salvan las grandes crisis; interponiendo al ejército entre el pueblo y el poder es como se divorcian los dos y como se enemistan. Durante la guerra de los Estados-Unidos el presidente Lincoln, ni en los instantes mas angustiosos acudió á abogar, bajo pretexto de salvacion pública, la ley poniéndola á las plantas de ningun soldado, ni á sus plantas propias tampoco, apoyándose en las armas. Se salvó el pueblo por la libertad misma.

Pidamos, pues, de continuo y á todas las horas la abolicion de los ejércitos permanentes, que no solo son una carga para el pais, sino que suelen ser casi siempre un peligro para la libertad. Caigan los ejércitos permanentes y con ellos caerá el militarismo. Que nos mande un diplomático, un abogado, un filósofo, un obrero, si es preciso, un hombre en cuya frente brille el resplandor de una idea, pero que no nos manden ni Espartero, ni O'Donnell, ni Narvaez que no tienen mas norte que el acaso, ni mas luz que los destellos que brotan de su deslumbrante espada. En este siglo no hacen falta los pueblos

emprendedores y guerreros: bastan los pueblos trabajadores y liberales. La Suiza, que fué uno de los primeros poderes militares despues de haber vencido á Carlos el Temerario, por la naturaleza de su Constitucion federal ha venido á ser uno de los pueblos mas inofensivos, mas justos y mas libres de la tierra. El artículo 13 de la Constitucion federal suiza dice: «La confederacion no tiene derecho para mantener ejércitos permanentes.» ¿Se conoce en Suiza el predominio militar, las confiscaciones temporales de la libertad, los golpes de Estado? No. El sol del derecho la ilumina siempre, sin ocasinis ni sin eclipses.

XI.

La teoría de la neutralidad armada.

Hay una teoría absurda, falsa, errónea, perjudicial, doctrinaria, que se ha apoderado de los ánimos de los que en todos los tiempos lo temen todo, y que ha penetrado en los códigos europeos y ha tomado carta de naturaleza en ellos, y se ha avecindado en el poder supremo de la mayor parte de las naciones. Es esta teoría la de la neutralidad armada.

Decía Saavedra en sus *Empresas*: «No hay paz sin armas, ni armas sin sueldos, ni sueldos sin tributos.» En esta idea se han apoyado los que sostienen esta teoría. Augusto Comte ha pretendido completarla modernamente con estas palabras: «La neutralidad es libertad, y no se tiene libertad sin fuerza para hacerla respetar.» Hay que advertir que

la idea de Saavedra es una idea de pleno siglo XVI, de aquellos tiempos en que Carlos V paseaba sus ejércitos por toda la tierra, y en que nadie había soñado ni podía soñar que habían de ser innecesarios un día dado un grado mayor de civilización. Sobre esta idea, cadáver hoy como los guerreros de aquel tiempo, se ha asentado la idea del ecléctico Comte. Podemos nosotros decir: «Donde hay derecho debe y puede haber libertad; y donde hay libertad, brota siempre fuerza para defenderla.» Pero es preciso examinar esto despacio.

Dos clases de neutralidad son las conocidas. La neutralidad propiamente dicha que consiste en armarse apresuradamente una nación cuando hay otras en guerra, y cree que puede ser arrastrada á la lucha ó ser invadida ó ser insultada, y la neutralidad, impropia llamada tal, que consiste en estar armada, armada hasta los dientes, una nación en todos los momentos de su vida, cuando hay paz universal y solo para estar preparada el día que ocurra ó que pueda ocurrir una lucha.

De la primera, nada podemos decir. No se puede negar que debe prepararse por todos los medios posibles para la contienda la

nación que tenga fundados motivos para creer que va á ser atacada. Pero bueno es que no se olvide que estos motivos y estas decisiones deben ser apreciados y tomadas, no ya por los gobiernos solos, sino por las respectivas Asambleas. Los que eran antiguos derechos de los reyes han pasado á ser derechos de los pueblos, y al pueblo toca hoy decidirse á armar ó negar su asentimiento á que se arme la nación. La segunda neutralidad debemos reprobirla con todas nuestras fuerzas y con toda la indignacion del derecho.

Que un gran pueblo debe estar á todas horas dispuesto para poner un ejército formidable allí donde lo crea preciso; que una nación es tanto mas respetada cuanto mas aparato guerrero ostenta; que su poder se mide por sus cañones; que la nación que pueda sostener un millon de bayonetas, es la dueña de Europa, todas estas razones se dan para cohonestar los armamentos inexcusables de los pueblos, los inmensos ejércitos permanentes que agotan los manantiales de riqueza de las naciones modernas.

Este estado es un estado ficticio que conviene cuanto antes que termine, si no quieren llegar los pueblos á una bancarrota general. Un gran hombre de estado de Ingla-

terra, lord Stanley, ha dicho no há mucho que las naciones europeas caminaban hácia la ruina á causa de ese funesto sistema de la paz armada. Esta es una terrible verdad. En España cada soldado cuesta mas de 1,270 reales al año; en Francia mas de 1,340 y en Inglaterra mas de 2,230. Nosotros por cada 120 habitantes enviamos un soldado al ejército; los franceses uno por cada 73, y los ingleses uno por cada 97. Nosotros venimos á gastar en el ejército un treinta por ciento de los gastos totales de la nacion; Francia un treinta y seis é Inglaterra un diez y seis. Se gastan anualmente unos veinte mil millones en Europa en sostener ejércitos, y hay en tiempo de paz cinco millones de hombres armados y el doble en tiempo de guerra. Estas cifras son espantosas, y hablan mas claro que todos los razonamientos y que todas las consideraciones que pudieran exponerse.

¿Y todo esto para qué? Digámoslo de una vez; para sostener reyes, para sostener tiranías, para apuntalar los últimos restos del antiguo mundo que quiere acabar de desplomarse y que no le dejan los encargados de ir remendando los viejos solios carcomidos. ¿Por qué las repúblicas no mantienen ejérci-

tos permanentes? Porque estando basadas en el derecho, no tienen necesidad de bayonetas para defender ninguna injusticia ni ningún privilegio. Pues bien, yo creo que el nacimiento de la república universal europea, que el nacimiento de esta gran federación, va á ser debido mas que á cábalas políticas, á la ruina que preparan á la Europa los inmensos armamentos militares que continuamente está haciendo cada nacion. Toda revolucion nace, y esto es axiomático, de un mal estado económico. Llegará un dia en que no se podrá gastar mas; en que los pueblos completamente esquilados se asomarán á sus fronteras, y se pedirán dinero los unos á los otros, y ninguno podrá darlo, porque ninguno lo tendrá. Entonces entonarán las muchedumbres gritos de cólera porque no tendrán que comer; preguntarán por la causa de su ruina, y cuando la hallen, la destruirán y se constituirán en sencillas repúblicas, y no necesitarán ejércitos para matar ni á los dentro ni á los de fuera, porque las repúblicas, como Jesucristo, vienen á dar la vida y no á quitarla.

¿Hay otro medio de evitar este amarse general de las naciones, este frenesí de las bayonetas, esa locura de los cañones? Creo

que no. Los deseos de desarmar de las naciones son grandes, pero no lo son así los de los reyes y los emperadores. Cada vez que suena en los aires la palabra mágica *desarme*, las naciones escuchan con religioso silencio y esperan que caiga como refrigerante rocío, sobre ellas, la palabra bendita que las ha de libertar del inmenso peso que hoy las abrumba. Francia se arma contra Prusia; Prusia contra Francia; Austria porque teme á Italia y á Prusia; Italia porque recela de Austria; Rusia porque quiere devorar á Turquía; Grecia porque teme ser apresada por Turquía; Turquía porque teme ser absorbida por Rusia; Inglaterra porque las teme á todas. Suiza solo, la republicana Suiza, está entre ellas con los brazos cruzados y sonriéndose de que no encuentren el sosiego y la paz, ni aun despues de haberla erizado de cañones. Proudhon lo ha dicho: «Mas como formaban una confederacion (los suizos), si capaz de defenderse contra el extranjero, como se ha visto, inhábil para la conquista y los golpes de estado, han venido al fin á ser una república pacífica, el mas inofensivo y el menos emprendedor de los pueblos.» Son felices á poca costa; á costa de emplear el hierro en el destino que le dió Dios en la

vida, en el de labrar la tierra.

Hay hoy en Europa un hombre funesto que tiene sentado su trono imperial sobre la sangre de los que hizo matar en las calles de París, y sobre las lágrimas de los que hizo deportar á Cayena. Este hombre se levanta de pié sobre la ensangrentada púrpura de su solio el día primero de todos los años, y dice á la Europa que le escucha con inmensa atención: «No tembleis, europeos; no temais, franceses. La paz está asegurada para el mundo, la paz está asegurada para la patria. Tendremos la paz, porque estamos preparados para la guerra. Nuestros arsenales están bien provistos; nuestros cuarteles llenos de hombres, nuestros buques con la caldera encendida siempre, nuestras fábricas vomitando fusiles y cañones. Podeis creerlo, somos un pueblo grande y poderoso; y ¡ay del pueblo que se atreva á negárnoslo!» Ese emperador es hoy el gran sacerdote del militarismo; el gran druida que con la espada del ejército ha inmolado esa pobre víctima que se llama libertad; el gran soldan de la farsa armada de cañones; un pobre Gengis-kañ que dice que tiene un millon de hombres para que su nacion ocupe el rango que la corresponde entre las naciones

européas, y para defenderla siempre que sea preciso, cuando él ha rebajado su nación al rango de las últimas porque la ha hecho vil, esclava, y cuando él no tiene esos hombres realmente para defenderla, sino mas bien contra ella y por temor de ella. Ese es el hombre que mas preconiza en Europa la necesidad de los grandes ejércitos y los grandes armamentos, y se comprende perfectamente la causa.

Así es que á mí no me extraña que toda la Europa se arme y se pertreche y se arruine, cuando tiene delante de sí á un ambicioso, de quien puede temerle todo. El insensato, el déspota que no ha vacilado en matar la libertad de su patria por unos pocos años de efímera tiranía, no vacilará, como no ha vacilado, en promover todas las guerras que puedan asegurar su despotismo. Y sin embargo hoy la grandeza de los pueblos no está en razon de los grandes ejércitos que sustentan, sino de la suma de felicidad que gozan. El último imperio militar de este siglo murió en Waterloo, y no está en la mano de ningun hombre, por poderoso que sea, el reproducirle despues de cincuenta y tres años de luz y de progreso. Dejar á esos hombres en las casas, no llevarlos á la

muerte; inspirarles amor al trabajo, á la instruccion y no embrutecerlos con el ocio del cuartel y con la barbarie de la guerra; decir á los hombres que es mas honrado sostener á su familia con sus brazos, que sostener á un emperador con sus bayonetas; murmurar al oido de las naciones que el signo de la victoria hoy es la paz, y que el signo de la redencion es hoy la libertad; murmurar al oido de todos, de los grandes y de los pequeños, de los débiles y los fuertes, de los tiranos que quedan por destruir y de los tiranizados que quedan por emancipar, que este siglo es de justicia, de concordia, de bondad, y que ya es hora de que se disuelvan, como las nieves de los Alpes á la aproximacion de los calores del estío, esas grandes masas de hombres que consumen y no producen, carne de cañon, pasto de la muerte, sosten de tiranos, esclavos blancos, como se les ha llamado, esa es nuestra obra, la santa obra de hoy.

XII.

Ligera idea del ejército en algunos países.

Bueno es, por lo útil que pueda ser, exponer algunos ligerísimos detalles sobre la constitucion del ejército en los países en que está mejor organizado.

Prusia, esa nacion que tiene aun un rey de derecho divino que, como los reyes orientales, debe creer que su cuna ha sido medida en las estrellas, tiene desde los tiempos del gran Federico uno de los ejércitos mejor organizados y menos molestos á la nacion. Todo ciudadano tiene la indeclinable obligacion de ser soldado. El ejército está compuesto de tres, que pudiéramos llamar elementos esenciales y ordinarios, y uno que pudiéramos llamar extraordinario. El primero es lo que se llama el ejército activo; el segundo, la landwerh de primer ór-

den; el tercero, la landweth de segundo orden, y el cuarto, el extraordinario, lo que se denomina la landturm. El ejército activo está compuesto de voluntarios y no pesa sobre aquel país la atroz é inhumana quinta. Cada voluntario tiene la obligación de servir tres años por lo menos en el ejército, y pasados, torna á su hogar y queda ingresado de hecho en la primer landwerh. Esta se compone de los que van saliendo del ejército activo y permanecen en ella hasta que cumplen los treinta años. Se movilizan instantáneamente que hay anuncio de guerra, y vienen á llenar los cuadros del ejército. De suerte que estando en sus casas, no cuestan un solo real al erario público. Solo se les paga durante ocho días en la primavera y durante tres semanas en el otoño, dos solas épocas del año en que se reúnen para ejercitarse en las maniobras militares. La landwerh de segundo orden está considerada como una reserva. Se compone de los que han servido en el ejército activo y en la primer landwerh, y en ella permanece el ciudadano hasta que cumple los cuarenta años. La landturm solo se convoca en casos extremos y apurados, cuando ocurre una invasión ó en casos de esta naturaleza. Comprende á

todos los ciudadanos desde diez y siete á cincuenta años. Como se ve, esta organizacion del ejército prusiano es de las mas perfectas y grava relativamente poco á la nacion. No hay quintas odiosas, y en un caso de verdadero apuro puede alzarse toda la nacion hecha un solo soldado.

La Suiza es mas parca en soldados. Los pocos que sostiene son voluntarios, que en cada canton guardan las plazas fuertes y los puntos fortificados. Esto no impide que tenga formados sus cuadros, y que en tiempo de campaña pueda poner en pié de guerra un determinado número de hombres. Cada canton está obligado á concurrir en estas circunstancias con un contingente determinado. Un canton tenia antes la obligacion de suministrar la artillería rodada y otro la de montaña, y todos tienen el deber de presentar el contingente que ofrecen á la federacion perfectamente pertrechado y municionado.

En los Estados-Unidos sucede lo propio, y solo hay un cortísimo número de hombres con las armas en la mano siempre. Nuessa quinta y la conscripcion francesa no solo son allí desconocidas, sino que no podrian haber jamás en los hábitos y en las costumbres

americanas; los enganches voluntarios son allí á precio de oro. En la marina sucede lo propio. No conocen la inscripcion marítima de los franceses, ni nuestras matrículas de mar. El alistamiento es voluntario como el del ejército. Algunos creían que este país no podia tener, el día que le fuera preciso, ni un gran ejército ni una gran marina, atendido su sistema de voluntarios. Creían que el día que la nación tuviese que poner en las manos del gobierno la mitad de la renta de sus bienes, como la Inglaterra en los tiempos de Pitt, ó que lanzar al combate la vigésima parte de su población, como la Francia en los tiempos de la primer república, se fundiría como un banco de hielo al calor del sol estival. La guerra última ha demostrado cuán infundados y pueriles eran estos temores. Se ha visto todo lo contrario. Se ha visto que ninguna nación es tan á propósito como las naciones libres para levantar en un mes un millon de soldados, y para gastar en una guerra, digna de los titanes, millares de millares de millones. Bien es verdad que todo podia esperarse de aquella nación que tuvo en su guerra de la independencia rasgos tan extraordinarios de entusiasmo y de amor á la patria. «Uno de los

mas singulares, á mi entender, dice un escritor, fué la revolucion por la cual los americanos renunciaron momentáneamente al uso del té. Los que saben que los hombres, en general, estiman en mas sus hábitos que su vida, se admirarán sin duda de este grande y oscuro sacrificio de todo un pueblo.»

Pero quien desempeña el principal papel en los asuntos militares en este gran pueblo es la milicia ciudadana. Ella hace y ella es convocada en los momentos de peligro en que en otros paises se convoca apresuradamente al ejército. La organizacion de esta milicia es atributo exclusivo del pueblo, porque teniendo por objeto guardar la libertad, nadie mejor que los pueblos pueden determinar la forma en que han de armarse y organizarse para defenderla y guardarla. Esta es teoría tan aceptada en los Estados-Unidos como nueva es en nuestro pais. Y aquí sobre todo es donde conviene que se arraigue, porque si en los Estados-Unidos pocas veces, nunca mejor dicho, tiene que alzarse en armas contra el poder porque este quiera menoscabar las libertades patrias, en nuestro pais sucede todo lo contrario. Aquí ha habido hasta ahora verdadero odio hácia la

milicia ciudadana, porque se odiaba la libertad, y ella es y debe ser su mejor guardian. El trono se rodeaba del ejército, y el pueblo de la milicia y las situaciones liberales concluían siempre por una lucha en que la milicia, es decir, el pueblo, era inmolado falto, de todo, al mismo tiempo que era inmolada la libertad. Conviene, pues, que se sepa que es un derecho del ciudadano organizarse en milicia de la mejor manera que le parezca; y así, organizándose en la forma que crean mas conveniente los ciudadanos, estos cuidarán que sea la mejor para el dia que tengan que salir á las calles para defender su libertad y sus derechos contra las agresiones del poder. Una organizacion impuesta por este puede ser una red que impida á la milicia moverse el dia de la lucha. Déjese al que se le da un fusil el derecho de manejarle como le acomode, déjese al que se ha de defender, libertad para que organice como quiera su defensa. Hay un medio sobre todo de hacer que la milicia no se mueva mas que cuando sea preciso rechazar un ataque de extranjeros: evitarse el poder el trabajo y el peligro de atentar de ningun modo contra la libertad. Nuestro ideal en este punto debe encaminarse á que entremos de

tal suerte en las prácticas y en las costumbres democráticas, que nuestra milicia se limite á hacer lo que un artículo de la Constitución de los Estados-Unidos prescribe para la milicia de aquella gran república. «El Congreso podrá hacer que la milicia sea convocada para ejecutar las leyes de la Union, para reprimir las insurrecciones y rechazar las invasiones.» Evítense las luchas de hermano contra hermano, de pueblo contra ejército. La libertad ha de ser, á pesar de los reyes, de los generales y de los soldados; sea desde hoy en España, y así evitarán muchos que caigan sobre sus cabezas la sangre y las maldiciones de los que sean asesinados en la pelea.

XIII.

Solucion:

Es ya hora de que expongamos clara y rotundamente la solucion que, á nuestro entender, inspirados por la grandiosa idea republicana, debe tener esta trascendental cuestion de las quintas y del ejército permanente en nuestro pais.

Rechazamos con indignacion toda idea de quintas hoy que la revolucion las ha abolido de hecho; rechazamos toda idea de ejército permanente, ya que estamos convencidos por un doloroso pasado de que el ejército no solo arruina material é innecesariamente á la nacion, sino que es un peligro para la libertad. Es verdad que el ejército nos ha salvado hoy: pero ¡ah! ¡cuántas veces no nos ha oprimido en cambio! Queremos pues:
1.º soldados voluntarios y no forzosos;

2.º reduccion del ejército todo de veinte á treinta mil voluntarios lo mas, ó al número racional que se crea suficiente para guarnecer tan solo las plazas fuertes y los puntos fortificados; 3.º formacion de los cuadros de oficiales, armamento y municionamiento de la milicia en todo el pais, y que ella sola sea la que vele por el órden y por la libertad, y que todos los españoles san soldados el dia, que por fortuna no se entrevé en el horizonte, que tenga lugar una invasion extranjera. Lo mismo decimos en cuanto á la marina. No queremos ni la leva inglesa, ni la inscripcion marítima francesa, ni nuestras caducas matrículas de mar: queremos los enganches voluntarios. Voluntarios son los marinos norte-americanos, y su marina es de las primeras del mundo.

Dícese en primer lugar que esta es cuestion de dinero, y yo digo que es cuestion de justicia; dícese que no le hay para pagar voluntarios, y yo digo que sobra para pagarlos: que necesitamos un ejército permanente de ochenta mil hombres, y yo he procurado demostrar que no nos hace falta un número tan considerable. ¡Que es cuestion de dinero! Las lágrimas de las madres, la desolacion de los que se quedan abandonados en el ho-

gar vacío del hijo que se va al ejército, la angustia misma del quinto, los campos yer- mos y solitarios, la ruina de muchas casas y de muchas familias, el porvenir deshecho de los que caen soldados, el grito unánime de la nación, que el día que ha podido levantar su voz, para lo primero que la ha alzado ha sido para pedir la destrucción del ignomi- nioso tributo de sangre, todo esto es cues- tion de dinero nada mas. ¡Ah, en las cuestio- nes de humanidad esta palabra es casi una blasfemia! ¿Se detuvieron por ventura los Estados-Unidos á reparar si tenían bastante llenas sus arcas para indemnizar á los pro- pietarios de esclavos el día que se alzaron terribles contra la ignominiosa esclavitud del Sur? No se detuvieron. ¿Pero acaso es ver- dad que falta ese dinero que se dice para enganchar los voluntarios que se juzgaran suficientes? No falta, no es verdad que falte. ¿Por qué se pagan doscientos millones á ese clero fanático que no cesa de predicar con- tra la libertad, que vierte toda su cólera contra las instituciones que forman la gloria de este siglo, que destruiria, no con el rayo celeste, porque el rayo celeste que ardía en la diestra de los sucesores de san Pedro ha sido apagado por la civilización moderna,

sino con la furia de la ambicion humana deshecha, la constitucion y á los constitucionales, la democracia y á los demócratas, la libertad y á los liberales? Se sustenta á los enemigos, se da armas á los contrarios, se cubre á las mitras de oro, se da plata á los clérigos para que á nombre de Dios perturben las conciencias honradas y amedrenten los corazones tímidos y femeniles, y luego se dice: «Es verdad; eso de la quinta parece que es un poco injusto, pero ¡qué diablo! por ahora está un poco atrasada la nacion, y no hay un cuarto para un remedio. ¡Ya veremos si puede arreglarse eso el año que viene ú otro año cualquiera!» Es cierto. Las injusticias tradicionales deben conservarse á todo trance; la justicia de la libertad debe retardarse cuanto se pueda; si es posible debe impedirse.

¡No hay dinero para pagar voluntarios! ¡En cambio hay para pagar esas legiones de empleados, verdaderos pólipos que están apegados á la roca del presupuesto, y que el dia del sufragio, con el ministro á la cabeza caen, en poblaciones meramente oficiales como Madrid, sobre los comicios, y no tienen obstáculo en matar la libertad por salvar sus destinos! Es verdad; ¡hay que pa-

gar á esos! ¿No hay dinero, y desestancando la sal y el tabaco y todo lo estancado, se cobraría por la contribucion, doble de lo que hoy se cobra por el monopolio? Lo que sobra es dinero, lo que falta es vigor revolucionario; lo que sobra es oro, lo que falta es revolucion. Un gobierno que quiera ser útil al pais que rige, en el primer dia de su ascension al poder, puede suprimir instantánea é impunemente quinientos millones del presupuesto. ¿No hay con estos quinientos millones algunos mas de los que se necesitan para pagar sin gravar, como se hará quizá con nuevos impuestos indirectos al pais, el ejército de voluntarios que baste para nuestras escasas necesidades militares? Respondan á esta pregunta los revolucionarios de nombre, y caiga sobre ellos el descrédito de haber sostenido lo viejo y de haber detenido lo nuevo.

Varias son las objeciones que se hacen contra los soldados voluntarios. Dícese que para la guerra y las batallas se necesitan soldados viejos, hombres curtidos en el cuartel y en el campamento, hombres que crean que el servicio que prestan, le prestan por deber y no por un salario, por el que se crean mas ó menos obligados. Napoleon aseguraba que

las primeras batallas de los cuatro primeros años de la República francesa las había ganado no por los reclutas, sino por 180,000 soldados viejos y probados que el temor á la guillotina arrojaba á la frontera. Hemos dicho ya repetidas veces que hoy ya no hay grandes batallas que ganar ni numerosos ejércitos que destruir; que el aspecto del siglo ha cambiado, que desde 1808 á 1869 hay un abismo, que hoy los pueblos no suspiran por destruirse sino por gozar de todos sus derechos, y que bajo este punto de vista apetecen la destruccion de esos ejércitos que suelen ir muchas veces contra la libertad de los ciudadanos. Y despues de todo, ¿no se componian de voluntarios nuestros famosos tercios y supieron vencer al mundo? ¿no eran voluntarios los que han peleado y asombrado á las naciones en los Estados-Unidos? No tengais miedo; cuando querais tener un excelente soldado no teneis mas que coger á cualquier ciudadano, inflamarle el corazon con alguna gran idea, hacerle ver que pelea por alguna cosa inmortal y santa, y yo os aseguro que ese ciudadano será un héroe y sabrá morir sacrificado, como los garibaldinos de Mentana, antes que volver la espalda á los enemigos de la patria y de la libertad.

Se cree por algunos que la paga rebaja al soldado, y en tal sentido á los ejércitos de voluntarios los denominan ejércitos de mercenarios. ¡Error, ó mejor dicho, ligereza profunda! Pues en este caso los oficiales tendrían también que denominarse así, puesto que cobran en sueldos, y á nadie en verdad hemos oído darles tal denominación. El que presta un servicio, sea de la naturaleza que sea, tiene derecho á pedir una remuneración. Debe, pues, pagarse al soldado. Hágase de la milicia una carrera, una profesión. Terrible es en verdad la profesión que consiste en instruirse y prepararse bien para saber matar hombres, pero es mucho más terrible que le obliguen á uno, contra su voluntad, perdiéndole á él y á su familia, á vestirse con un traje distinto del de los demás hombres, y á matar á sus semejantes, cuando suene la lúgubre hora de la sangre. El que ame el combate, los cañonazos, las peripecias de la pelea, ese sea enhorabuena soldado, hasta tanto que el progreso los haga innecesarios. A nadie debe estorbarse realizar sus gustos.

Créese también que en los ejércitos de voluntarios es más difícil la disciplina que en los forzados. No es cierto seguramente. La Guar-

dia civil que no es otra cosa que un cuerpo de voluntarios, prueba lo falso de esa asercion. Así es que yo creo, que el terrorismo de la ordenanza, es decir, la cuchilla alzada siempre sobre la cabeza del pobre soldado forzoso no se avendria bien con el hombre que de propia voluntad viene á llenar un género de funciones determinado. Al soldado forzoso, como que le traen al ejército á la fuerza, hay que decirle: «Estos son tus deberes. ¡Ay de tí si no los cumples! En este lúgubre libro está tu condenacion.» Al soldado voluntario seria ocioso decirle esto, porque desde el momento en que solicita entrar en el ejército, da á entender que acepta las obligaciones que hay que llenar en él. Además, aunque faltara, seria terrible castigar un delito leve con una pena atroz. El soldado voluntario se aproxima mas que el forzoso al ideal del soldado-ciudadano, y por eso no es racionalmente lícito que caiga sobre él el duro rigor de la ordenanza que cae sobre el soldado de hoy. Fuera de que la ordenanza está ya moralmente abrogada en la conciencia de todos los hombres libres y en la conciencia de todos los militares liberales. Es uno de esos monstruos antiguos que procuran vivir yendo á cobijarse bajo la

capa de los gobiernos que protegen todo lo que es de ayer. Pero no le valdrá ni eso, porque el día que saque un momento la cabeza, le arrojaremos un puñado de luz, y morirá abrasado por el espléndido sol del derecho y de la humanidad.

Dícese que en los casos de guerra los cuerpos de voluntarios se entregan mas fácilmente al robo, á la destruccion y al pillaje que los soldados forzosos; que la paga no les basta y esperan hallar en el botin una espléndida recompensa de las fatigas de la campaña. Ya hemos dicho ligeramente én otra parte nuestra opinion sobre este asunto. Repetimos ahora que las veces que despues de un combate se entrega el soldado al pillaje y al vandalismo, no proviene de que el soldado sea bueno ó malo, de que esté constituido de esta ó de la otra manera y regimentado de este ó del otro modo, sino de la naturaleza propia de la guerra. Un hombre que está furioso, loco de cólera, algo herido quizá, cansado y rabioso, ¿qué tiene de particular que cuando gane la batalla ó entre en la ciudad conquistaba tale y mate y satisfaga aquella cólera y aquella ira con la destruccion del enemigo, de su casa, de su mujer y sus hijos, si es preciso? Hay cierta

inconsciencia en estos actos de barbarie, y como el código tiene atenuaciones para el ebrio que comete un crimen ó una falta grave, la razon tiene tambien alguna disculpa para esta embriaguez de la sangre, que cierra el alma á todo sentimiento noble, y que trasforma al hombre en feroz y miserable bestia. ¿Qué no hicieron en la agonía de la dominacion borbónica aquellos soldados que sacrificaron á la heroica Béjar? Pues soldados forzosos eran. No está el mal en el soldado, sino en la guerra. Suprimidla, y estarán suprimidos todos los males que son su lógica y natural consecuencia.

XIV.

Continuacion del anterior.

Nadie, ni aun los mismos que querrian retardar la sustitucion del soldado voluntario por el forzoso, niega la iniquidad de la quinta. Los que la quieren, la defienden temporalmente y con ambigüedades, y no se atreven á presentarse ante la revolucion des-
embozados y pidiendo la continuacion de esta inicua maldad de los viejos reyes españoles. El pueblo ha hablado y las ha condenado públicamente muchas veces. No hay que insistir, pues, en maldecirlas. Nos contentaremos con exponer la opinion científica é ilustrada de Mr. Jacob, á quien ya hemos citado otra vez, sobre los cuerpos de voluntarios.

Dice el notable hacendista : «Sin embargo, el ejército no podrá ser nunca una insti-

tucion fundada en los principios de una política ilustrada, sino cuando los gobiernos posean los recursos que se necesitan para fundar la profesion militar de tal suerte que, siendo libre, los soldados voluntarios se alistan en número considerable. En este caso:

1.º Seguirian la profesion de las armas los que tuvieran aptitud y vocacion para ello.

2.º Los soldados se formarian con mas facilidad y perfeccion.

3.º Se evitaria toda especie de injusticia é iniquidad en la reparticion forzosa y obligatoria del servicio militar.»

El dinero, aquí hemos demostrado que, aunque no le haya, puede haberle con un poco de buena voluntad revolucionaria. Soldados sobrarán en cuanto se ofrezca un salario, que en esta tierra, y yo lo lamento de veras, hay sobrada aficion á las armas y cariño sobrado al aparato militar.

Digamos ahora algunas palabras sobre el número de voluntarios que nos bastarian para atender á nuestras necesidades militares.

El número de soldados con que contamos hoy, es próximamente el que arroja el siguiente cuadro, sin contar nuestras tropas de mar ni las de las provincias ultramarinas:

| | | |
|----------------------------|---------|----------|
| Infantería activa. | 67,169 | hombres. |
| — de reserva. | 59,747 | » |
| Caballería. | 11,000 | » |
| Ingenieros. | 2,000 | » |
| Artillería. | 10,000 | » |
| Guardia civil. | 12,000 | » |
| Carabineros. | 14,000 | » |
| Total. | 175,916 | |

Ciento setenta y cinco mil novecientos diez y seis hombres, son hoy en España los hombres que faltan en la industria, en el comercio, en las artes, en la agricultura, en los oficios, en las profesiones. Decimos mal. Hay que descontar cerca de sesenta mil que están en la reserva. Es decir que quedan mas de ciento quince mil hombres en el ejército activo. Hay que tener en cuenta que los sesenta mil de la reserva ya han sufrido los funestos efectos de la quinta, y el que tenia oficio le ha perdido y le ha olvidado, y andan los mas de ellos desparramados por la nacion, mendigando empleos mezquinos ó esportando tierra, que la quinta es la que en nuestro pais eleva á un número prodigioso el de los braceros, separando al ciudadano de su habitual trabajo y teniéndole sepa-

rado de él un número tal de años, que, cuando sale del ejército, ni se acuerda de su profesion, ni está en condiciones hábiles para volver á ella.

No queremos hacer ni un comentario siquiera, que ello se comenta por sí solo, sobre el inmenso gasto que ocasiona este ejército el cual se eleva á las dos terceras partes de las rentas públicas. No estamos ricos ni mucho menos; pero ¡qué importa! dicen que tener muchos miles de bayonetas hace á una nacion feliz y poderosa. ¡Así será cuando lo dicen tantos varones esclarecidos y encanecidos!

No vamos de ninguna manera á entrar, porque no somos ni nos creemos competentes en materias militares, no vamos á entrar á detallar el número de voluntarios que podemos necesitar hoy. Nos contentamos con que se alisten los que se crean precisos, estrictamente precisos para cubrir nuestras plazas fuertes y alguna que otra atencion militar de primera necesidad que no pueda hoy por hoy desatenderse, atendido el culto que rinde el mundo á las armas. Pero ni un soldado, ni uno solo en las poblaciones en que no hagan falta. Dicen mal los que aseguran que el partido republicano no quiere ejército.

Se equivocan. Le quiere, pero no es un ejército de soldados, como el francés, sino un ejército de ciudadanos como el suizo.

Pongámonos al nivel de las grandes naciones liberales, como la vieja Inglaterra. Desarmemos y trabajemos con esmero en producir los opimos frutos de la paz. La paz y la libertad unidas, ese debe ser el ideal de hoy. Amóldese el poder al derecho y abola las quintas, inicua injusticia por la que los hijos del pueblo han ido á ofrecer sus espaldas para que se sustentaran sobre ellas los tronos de reyes déspotas. Y no solo abola las quintas, sino que abola ese numeroso ejército permanente que consume lo mejor de nuestros ingresos. Créese el ejército de ciudadanos; murmúrese al oído de todos que la libertad, toda la libertad ha tomado asiento en los blasonados sillones del poder; confírmese estas protestas con actos y estas declaraciones con hechos, y acabarán las pequeñas revueltas de los impacientes, que por amar demasiado el bien y la justicia, se lanzan á la batalla nada mas que para verter su generosa sangre que debian reservar para el día que la reaccion, de cualquier género, se abrazase con los hombres del poder. Esas almas nobles que se levantan en armas en Cá-

diz, en Málaga y en Jerez, me parecen á aquellos gladiadores antiguos que, puestos en medio del circo, dirigian sus miradas, llenas ya de las tinieblas de la pavorosa muerte, al divino emperador y le decian: «Cæsar, morituri te salutant.» ¡Salud, nobles muertos! En esa vida de mas allá de la tierra donde se reunen las almas santas que aquí han combatido contra el error y la tiranía, tendreis uno de los mas escogidos lugares. Habeis muerto mas que por el presente por el porvenir, y habeis peleado con distintos pretextos, mas que por otra cosa, por la futura república. ¡Salud otra vez, mártires! Los que predicamos el evangelio de mañana, la buena nueva de la república universal, os saludamos á través de la muerte; ¡que las almas se juntan siempre en un beso místico lo mismo á través de la vida que á través de la eternidad, cuando las une un lazo de amor á la libertad y á la humanidad! Nozotros hubiéramos querido que, para no ser sacrificados, hubierais moderado vuestra impaciencia hasta ver, para obrar, si lucia ó no plenamente el sol de la libertad sobre nuestro suelo. «La moral religiosa hace los santos, ha dicho Holbach, la moral política los ciudadanos; la una hace los hombres inútiles ó

menos provechosos para el mundo; la otra tiene por objeto formar miembros útiles para la sociedad.» Vosotros teniais esa moral política, que es una religion, quizá excesivamente, si pudiera ser nunca excesivo el amor que se consagra á la libertad. ¡Ya os digo que sereis nuestros santos el dia que la república levante altares!

XV.

El titan-Guerra.

No creeria yo que este humilde libro de propaganda llenaba cumplida y fielmente su modesta mision, si no dijera dos palabras, dos solas palabras sobre la guerra.

Sacar á un pobre jóven de entre todas las alegrías y todos los amores de su hogar y atarle con las cadenas de la ordenanza, es sencillamente una maldad; pero llevar ochenta ó cien mil hombres al degüello, barajarlos con otros ochenta ó cien mil hombres, y hacer tronar los tambores y gritar las cornetas y vibrar las músicas para enardecerlos é incitarlos á que se asesinen, á que se trituren, á que se pulvericen, con cólera, con ira, con odio, es un crimen de lesa humanidad. Si el código castiga el duelo entre dos individuos, ¿cómo el derecho europeo se calla ante el

duelo de dos naciones? Si las naciones van borrando una á una de sus presupuestos á un funcionario público, á ese sacerdote sacrificador que se llama verdugo, ¿cómo los gobiernos lanzan al campo ochenta ó cien mil hombres para que sean verdugos de otros ochenta ó cien mil de otro país? Madres, dad á luz hijos; padres, educadlos; que dia vendrá en que ridículas é imbéciles querellas de rey á rey, de emperador á emperador, los harán salir á la pelea y á la matanza, y llorareis el haberlos procreado. ¡Maldicion sobre el país ó sobre el hombre que para fortalecerse en el poder ó para engrandecerse mas, desata los funestos vendabales de la guerra!

Hacer hoy fusiles rayados; mañana echarlos á un lado y sustituirlos por carabinas Sneider ó fusiles Chassepot; rayar los cañones, hacerlos de mas alcance para que destruyan mas, hacerlos inmensos para que contengan bombas de prodigioso tamaño, acorazar buques, inventar torpedos, construir monitores invulnerables, ir reduciendo las batallas á menos horas, pero extendiéndolas á mas muertos; tejer y destejer, destruir y forjar cada dia una nueva máquina de matar; consumir los tesoros, el sudor de los pueblos

en comprar estas máquinas para destruirles, este es el trabajo moderno. Dícese que la perfeccion excesiva de las armas de fuego hará lucir el día en que sea imposible la guerra. ¡Ah, pero quizá llegue ese día cuando ya se haya inventado la máquina que haya destruido, al estallar, á la humanidad entera! No, la culpa la tienen los emperadores y los reyes, ídolos de otros siglos, imágenes de otros altares, momias de otra civilizacion, y solo se acabará la guerra cuando se acaben los reyes y los emperadores. ¿Cuántas guerras han tenido los Estados-Unidos? Dos guerras por el derecho, la de su independencia y la de la esclavitud. ¿Y la Francia de la Restauracion, de la Legitimidad, del Cesarismo? Infinitas, unas imbéciles, otras injustas, todas contra el derecho. ¿Y Suiza? ¡Oh! ¡no habéis al desgraciado de la felicidad!

Cuando se considera el estado de desasosiego en que se halla sumida la Europa, debido á los recelos que se guardan entre sí tres ó cuatro monarcas, se acongoja el ánimo y parece como que se siente uno inclinado á dudar de las grandes leyes que regulan el progreso humano. ¡Conque todavía no han acabado los tiempos en que un rey podia dis-

poner de la suerte de un pueblo! No han acabado, no. Preguntádselo al emperador de Rusia, al rey de Prusia, al emperador de Francia. Unos son tiranos de derecho divino todavía, el otro es déspota de derecho humano, lo que es mas malo aun. El dia que ellos quieran, numerosas legiones se aglomerarán en determinados puntos, rodarán los cañones con infernal estrépito, relincharán los caballos, gritarán los infantes y los ginetes, los campos serán talados, destruidas las casas, muertos los hombres; y á la mañana siguiente, cuando caiga el sol sobre aquellas bocas entreabiertas aun, como si no hubieran acabado de exhalar la última maldicion; todavía cuando ilumine densamente los cráneos aplastados, la sangre coagulada, los ojos muertos, los labios cárdenos, podrá decir el vencedor: «Este es el pedestal de mi nuevo poder, esta es la alfombra de mi nuevo trono, esta es la hiedra que ha de adornar mis sienes ungidas con el óleo del éxito. Esta habrá sido una derrota para las madres, pero es una victoria para mí.» El «¡Ay de los vencidos!» antiguo, conviértase en el «¡ay de los muertos!» moderno. A mí no me importa mas que mi púrpura, mi lista civil, mi poder soberano. «¡Gloria al vencedor!»

«Riámonos de todos los fanatismos, amigo mio;» ha dicho Proudhon hablando de Waterloo. No, no nos riamos. Execremos, execremos con todas nuestras fuerzas la guerra y al que la provoca. Unámonos todos en santa cruzada contra el exterminio y los exterminadores, contra la matanza y los matadores; y si las guerras son mas fáciles á causa de esas inmensas multitudes de hombres armados que hay en la mayoría de los pueblos y que se llaman ejércitos permanentes, unámonos todos para pedir la abolición de los ejércitos permanentes, y si los reyes son la causa de esos ejércitos permanentes y de esas guerras, unámonos todos para alcanzar la abolición de las guerras, de los ejércitos permanentes y de los reyes. Antes que nada y antes que nadie, es el derecho. La justicia es el gran soberano, y yo estoy seguro de que las naciones en este siglo no necesitan otro. Pocos fusiles, pocos, los menos precisos. Reyes ninguno.

¡Oh humanidad, humanidad! Sobre los restos mutilados de tus hijos han pasado las legiones de Alejandro, los elefantes de Darío, los caballos de Atila, las hordas de Tamerlan, los caballeros de Carlomagno, los aventureros de Carlos V, las cureñas de Na-

poleon; se ha empedrado la tierra con sus huesos, en vez de haber iluminado el cielo con sus pensamientos; se ha fecundado la tierra con sangre, las almas con lágrimas; se ha hecho comer hasta hoy el pan de la cólera, y se ha hecho beber hasta las impuras beces del agua amarga del odio; la religion ha levantado tambien altares al Dios-Muerte, y no se sabe por qué ha orado mas, si por su propio engrandecimiento ó por el exterminio de sus enemigos; el toque de rebato se ha oido continuamente, las nubes del cielo se han formado con las lágrimas que han surcado las mejillas de las mujeres y que se han evaporado al firmamento, estrellas del alma que han ido en busca de las estrellas de Dios, y despues de todo esto, cuando el horizonte aclara, y el sol sale, y se procura enterrar el mal y desenterrar la libertad, y alzar la paz sobre todas las cabezas, aun hay hombres prácticos, como se llaman, que dicen que todavía son necesarias las espadas para sujetar á la humanidad, que todavía son necesarios los ejércitos permanentes para subyugar á los pueblos, que todavía son necesarios los reyes para regir las naciones, y envueltos en el manto de la conveniencia, no creyendo que ha llegado

nunca el día de la justicia, no creyendo jamás dispuestos á los pueblos para el bien, obran el día de la libertad como obraban el día de la tiranía, retardan el mañana que ansia el pueblo con las reminiscencias del ayer que traen en su seno, y mendigos de democracia, toman el brillo de una cruz por el brillo de un principio, y creen hallarse arrodillados ante el ideal espléndido, cuando en rigor no están mas que sentados á la mesa del presupuesto.

Pero aun hay quien predique, aun hay quien proteste. Aun hay quien diga al pueblo que los poderes que tienden á rodearse de fuerza armada son poderes sospechosos, y que es una calumnia á la libertad, una injuria al derecho universal, decir que es un gobierno democrático aquel gobierno que se rodea de soldados, que no se fia en la bondad de sus decisiones, que es lo que desarma á los pueblos mas revolucionarios, sino en la bondad de sus bayonetas que es lo que irrita á los pueblos mas cobardes y mas pacíficos, y que invoca á cada paso lo grave de las circunstancias y no se acuerda nunca de lo sublime que es la libertad. ¡La democracia armada! ¡Qué contrasentido mas terrible! Es como si se dijera la paz guerrera,

la república monárquica. La verdadera democracia es el derecho y la justicia y no las quintas, que es la injusticia, ni aun temporalmente, porque la democracia no puede aliarse ni ser cómplice, ni por un minuto solo, de una maldad. Los que proclaman los ejércitos permanentes serán todo lo que quieren menos demócratas. La democracia es la paz. ¡Menguados demócratas serian aquellos, y quiera Dios que este ejemplo no se vea en nuestro pais, que necesitaran en las calles un ejército para hacer cumplir las leyes que hicieran en las Cortes!

Conclusion.

Hemos llegado al fin de nuestra tarea. Hemos atacado la odiosa contribucion de sangre con cuanta euergía hemos podido y la hemos atacado por injusta, por odiosa, por antinatural, por privilegiada, por desigual. Hemos procurado hacer ver la postracion en que sume á la industria, á la agricultura, al comercio, á las profesiones y á los oficios, y estudiando el soldado en el cuartel y en la guerra hemos visto que, si el uno le inspiraba hábitos de holganza, la otra le desmoralizaba creando en él costumbres é ideas de barbarie

y de sangre. Hemos combatido los ejércitos permanentes, lepra de este siglo, cáncer de esta civilización; y tratando de ver si el ejército nos era necesario para defender la patria, hemos demostrado que no, porque éramos el pueblo del año ocho; y tratando de ver si nos era necesario para defender el orden, hemos visto que más que útil puede sernos funesto bajo este punto de vista, y que de todas suertes no puede peligrar el orden allí donde hay milicia ciudadana para guardarle. Contra el militarismo que es el peligro que trae el alzar á una clase sobre las demás, el privilegiarla y el hacerle entender que la sociedad no es posible sin ella, hemos peleado también. En seguida hemos combatido la teoría ruinoso para los pueblos y para el derecho de la neutralidad ó de la paz armada, y hemos expuesto, para que se utilicen si se creen aprovechables, algunos ligeros detalles sobre la organización del ejército en algunos países. Nos hemos ocupado después en ver cuál era la fórmula de solución más conforme con el ideal republicano y más aceptable en la situación presente, y decidiéndonos por un pequeño contingente de voluntarios y por un ejército de ciudadanos, hemos consagrado el agosto

principio de libertad por un lado, sin desoir por otro la voz de la necesidad actual. La condenacion de la guerra ha sido como el epilogo de una obra destinada á condenar, en suma, las armas y la fuerza.

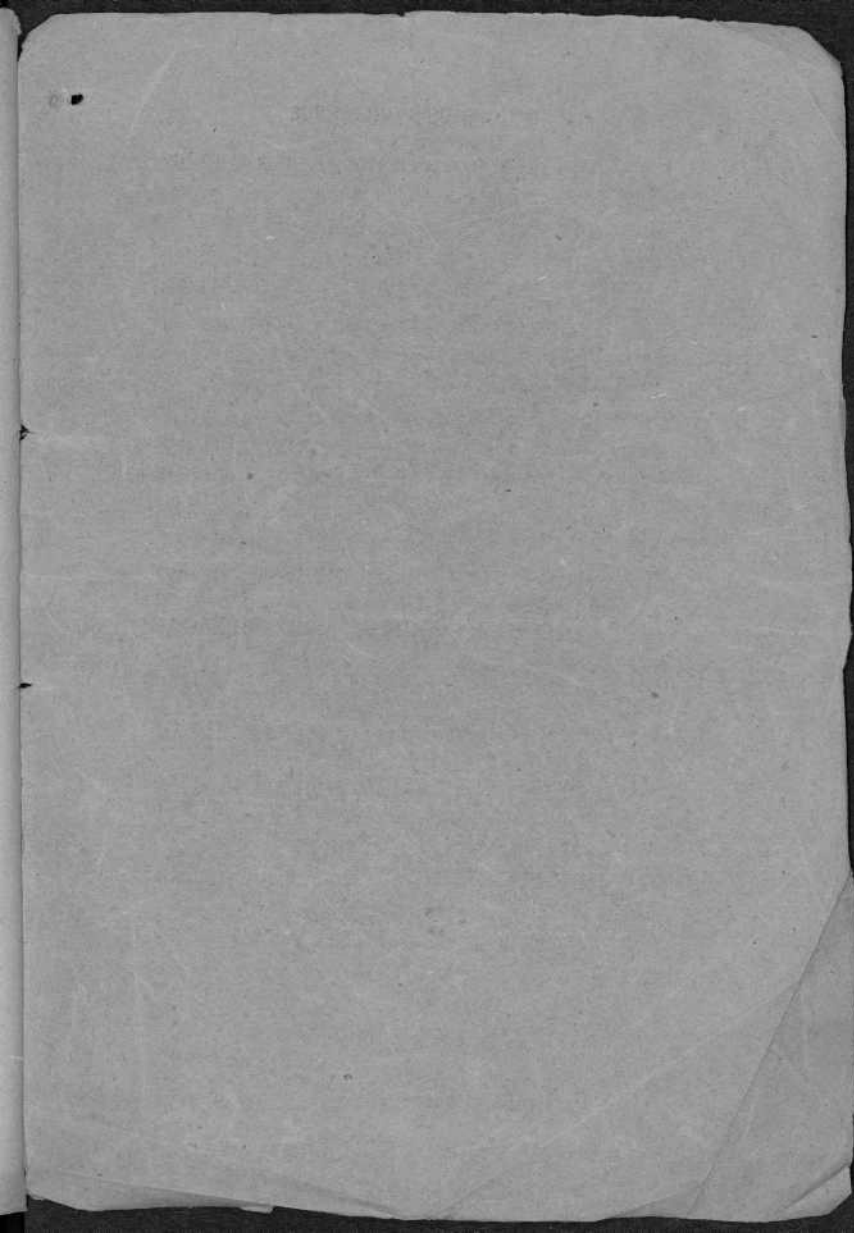
Quizá haya sido débil, quizá poco enérgico. Cuando se trata de viejos é inveterados crímenes sociales, como las quintas, hay que condenarlos como los condena el pueblo, como los condenan las madres, como los condenan los quintos, con ira, con indignacion, con la indignacion del que pierde su casa y su porvenir, con la pasion de la que pierde el hijo, si es madre, el amante, si es amante.

Jóvenes, jóvenes de veinte años que estais avocados á ir á servir al rey, como antes se decia, no espereis nada, absolutamente nada de los partidos medios, de las escuelas doctrinarias, sean de la clase que sean, de las coaliciones incomprensibles que, como el monstruo de una antigua leyenda, tienen en su vientre seres de todas las especies y viboreznos de todas las razas. Nada espereis de ellos, porque están contagiados de las miserias de las antiguas tiranías. Yo estoy seguro que no dirán, como decian ayer cuando aspiraban al poder, clara y explicitamente:

«¡Han muerto las quintas, ciudadanos! Ya hay una injusticia menos!» No, no lo dirán. Y aunque lo digan y lo hagan, cosa que no puede esperarse de los antecedentes de muchos, todavía se buscarán por dinero, que arrancarán á los pueblos, el mismo ejército que tenían ayer, y sofocarán sus aspiraciones con las armas, y sus ideas de justicia las abrasarán con el fuego de sus cañones.

Pueblo, que lloras, que sufres, que pagas, que no tienes pan, que te dejan sin hijos, aprende, aprende para el porvenir. ¡Victorea ídolos y no victorees ideas! Aprende en los desengaños de la desgracia y en los fracasos de las revoluciones. No acojas nunca á los hombres que traen su conciencia mancillada con crímenes de ayer. El porvenir está delante. No hay mas que tener paciencia unos pocos dias mas, y cuando los hombres de las soluciones eclécticas hayan acabado de desacreditarse, cegarles los ojos con el sol del derecho y arrojarlos para siempre en el polvo del olvido. La igualdad y la justicia, la prensa sin la limitacion del Código, y el derecho de reunion sin las trabas de la ley de hoy, el desestanco de todo, el comercio próspero por el libre-cambio, la industria enriquecida por la paz, ni quinta ni

ejércitos permanentes, ni monopolios ni trabas de ninguna especie, ni carabineros en los campos, ni guardias civiles en las ciudades, el municipio con vida, la ciudad con vida, muerto solo y tendido sobre sus propias ruinas ese gigante que hasta hoy ha devorado la vida de toda la nación, Madrid; muerto el verdugo también, la religión en el individuo y no en el Estado, pocos funcionarios públicos, proscritos los títulos, las cruces y las placas, dignas solo de pueblos imbéciles ó de pueblos esclavos y serviles, viva la fraternidad entre todos los españoles, federados con nuestros hermanos los portugueses, ese es el ideal del pueblo y ese ideal es la república. ¿Habrà en este país en que tanto se ha ensañado la tiranía, un hombre honrado que no le acepte, y un corazón generoso que no la ansíe?



FOLLETOS PUBLICADOS.

1.º LA REPUBLICA DEMOCRATICA FEDERAL UNIVERSAL, nociones elementales de los principios democráticos, dedicado á las clases productoras, por Fernando Garrido. 2 rs.

2.º CATECISMO POLITICO ó sean nociones generales sobre las diferentes formas de gobierno conocidas, dedicado á la Exema. Diputacion Provincial de Barcelona por Juan Justo Uguet. 1 rl.

3.º EL CONTRATO SOCIAL, ó sea principios del derecho político, por Juan Jacobo Rousseau. 2 rs.

4.º CONVERSACIONES CON EL PUEBLO ESPAÑOL, por Roque Barcia. 1.ª serie. 2 rs.

5.º A DIOS LO DE DIOS Y AL CÉSAR LO DEL CÉSAR. Folleto sobre la Libertad de Cultos por Andrés Sanchez del Real. 2 rs.

6.º LAS RUINAS DE PALMIRA, por Volney, un tomo ilustrado con láminas 4 rs.

7.º ABAJO LAS QUINTAS, por Andrés Sanchez del Real. 2 rs.

EN PRENSA.

CONVERSACIONES CON EL PUEBLO ESPAÑOL por Roque Barcia. 2.ª serie.

RESEÑA HISTÓRICA de las monarquías españolas, precedida de los principios generales de la República federal, por Enrique Rodríguez Solís, redactor del diario federal *La Democracia republicana*, y acompañada de una carta del ciudadano Roque Barcia.

EL TRABAJO Y EL CAPITAL por Juan Justo Uguet.

566

ABBADU MAS QUINTAS.